

La Asturias que conoció George Borrow (1837)

«I was in my own house, and an Asturian is fit company for a King, and is often of better blood».

I. Borrow en España

Entre los documentos indirectos con que contamos para un acercamiento a la realidad asturiana del siglo XIX, en una época tan oscura y tan controvertida como la que transcurre desde el frustrado alzamiento del General Riego, el interludio liberal, las guerras carlistas y la Restauración está una serie de libros, diarios y notas de viaje, cuyo conocimiento es obligado no sólo al historiador, sino también al etnólogo asturiano. Entre éstos, aparte de algún escrito de concreta intención, siempre me llamaron la atención los libros del inglés Richard Ford, autor como es sabido de un famosísimo «*Handbook for travellers in Spain*» (1845), así como el del también inglés George Borrow, «*The Bible in Spain; or the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula*» (1843).

Este último, publicado con anterioridad al de Ford, al que sirvió un tanto de trampolín de lanzamiento al éxito, entre el público anglosajón. Amigos, Borrow y Ford, desde la publicación por aquél de *The Zinca* (1841), la fama de ambos libros sobre España fue pareja, al conseguir para sus dos autores

amplia y resonante celebridad, aún cuando la personalidad de Borrow sería un tanto discutida no sólo a raíz de la deformación de sus escritos por obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo en su célebre «*Historia de los Heterodoxos*», sino también de la publicación de obras tan elaboradas como la de William I. Knapp, «*Life, Writings and correspondence of George Borrow, derived from official and other authentic sources*» (Londres, Murray, 1899, 2 vols.) y alguna otra que hemos podido conocer con cierto detalle, entre la bibliografía existente¹.

Dada la circunstancia de que son poco conocidas en Oviedo las impresiones que extrajo Borrow de su paso y corta estancia por el Principado y que tuvo lugar en el otoño de 1837, cuando contaba unos 36 años de edad, y la pintoresca imagen que se forjó de las gentes asturianas en su raudo paso por el litoral cantábrico, me ha parecido oportuno evocar dicha etapa de su viaje y sus impresiones como tema de este ensayo que dedico en emocionado recuerdo a mi inolvidable amigo don Carlos Clavería, posiblemente el hispanista contemporáneo que mejor llegó a profundizar después de Borrow, —«Don Jorgito el Inglés» para sus amigos—, en la vida e idiosincracia de los gitanos españoles, ganando a éste, sin embargo, en saber sobre las Asturias.

LOS VIAJEROS EXTRANJEROS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

Antes de meternos de lleno en el tema quizá no sea superfluo decir algo sobre los *clichés* que a lo largo del siglo XIX, clausurado el absolutismo fernandino e iniciada tímidamente en España una de sus primeras «aperturas» ideológicas em-

(1) Así, las de Edward Thomas, *George Borrow: The Man and his Books*, (Londres, Chapman & Hall Ltd, 1912) y la del francés Edgar Capelin, *La Vie errante de George Borrow, romancier des nomades*, París, Les Presses de France, esta última dedicada al gran público. Ambas obras al igual que la de Knapp, pueden consultarse en la Biblioteca del Ateneo Artístico, Científico y Literario de Madrid, en cuyos fondos se encuentran, suponemos que merced al interés que la figura de G. Borrow despertó siempre en su traductor «clásico», al castellano, don Manuel Azaña, prohombre político de la II República Española, que había sido Presidente del Ateneo y cuya traducción de «The Bible in Spain» puede también encontrarse en el Ateneo.

piezan a circular por Europa de nuestra patria. Estos, indudablemente se deben a la actividad de dos clases, —continental e inglesa —de viajeros, que, en todas direcciones recorren nuestra piel de toro, buscando la entraña de aquello que hoy llamaríamos «lo *typical*», pero que en realidad no es otra cosa que una momentánea satisfacción de ansias de exotismo. Surgen así, memorias y libros de viajes, cuyo precedente, por lo que se refiere a Asturias concretamente, quizá podríamos encontrar en los diarios del ingeniero italiano Luigi Salandra, (1797) y a la totalidad de la Península Ibérica escritos de autores ingleses entre los que podríamos citar aquí las «*Letters*» de John Talbot Dillon (1778), en los «*Travels through Spain*» de W. Dalrymple (1774), el conocido relato de John Townsend (1786), que por cierto merecería una sagaz glosa por parte del asturiano don Fermín Canella; otro libro del ya citado Dillon (1780); el «*Travels*» de Swinburne (1775), por citar sólo unos pocos, y éstos dentro del ambiente del que podríamos denominar Antiguo Régimen, cuando en la Asturias «fin de siècle» parece haberse empezado a inocular el «virus de las luces», cultivado amorosamente en la probeta astur por gentes de la talla de Jovellanos, Campomanes, Martínez Marina y algún otro, y cuyos resultados se ven lamentablemente truncados con la invasión napoleónica, a la que Asturias se opondrá al igual que otras provincias, con la constitución de la llamada Junta General del Principado, cuyas «anticipaciones» obra del mismo Jovellanos, pero también de Toreno, Canga Argüelles y otros no parecen hacer mucha gracia a inmovilistas de la talla de un Cardenal Inguanzo, pongamos por caso.

LA ESPAÑA QUE CONOCERÍA BORROW

Con el siglo XIX, tras la francesada, la relativa pacificación interna, el liberalismo y la Regencia, España parece abrirse a la curiosidad de viajeros exotocistas de allende el Pirineo, y cuya «sensibilidad romántica» parece espolearse, viajando a lo largo y ancho de nuestra patria. De esta forma, 1830 conocerá la presencia en nuestras tierras del ya citado Richard Ford, al que llega a tratar Prósper Merimée, quien por dichos años capta en su apasionada retina, matices y colores para

ese caleidoscopio que será su *Carmen*. Y cinco años después, en los primeros días de enero de 1836, nuestro George Borrow entrará por vez primera en España, por la frontera de Elvás (Pórtugal), en dirección a Badajoz, desde donde, tras casi dos semanas de estancia decidirá marchar a la Corte, a Madrid, pasando por Mérida, Oropesa y Talavera de la Reina.



George Borrow (1803 - 1881)

Son años estos de inquietud interna, en que nadie, al igual que ahora, sabe lo que le reserva el futuro, y en los que el pueblo español vive las inquietudes del tránsito de un enervante absolutismo inmovilista a un aperturismo liberal, tránsito que permitirá no obstante diversos avances y una paulatina proclamación de libertades². E incluso que se produzcan he-

(2) Para un conocimiento particular de la época cf. PETER JANKE, *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1857)* Madrid. Siglo XXI, 1970.

chos tan insólitos en nuestra patria, como pueden ser la impresión de la Biblia, totalmente exenta de comentarios y notas, en una edición manual y, lo que es mejor, a un precio reducido, al alcance de todo «hijo de vecino», que quiera enterarse de su contenido sin dar cuentas de su «morboso» deseo al Santo Oficio. Los llamados *apostólicos* han sido derrotados, y con ellos se inicia un repliegue de la Iglesia. España empieza a convertirse así, rompiendo con una tradición de siglos, en posible campo, apto para que otras confesiones cristianas puedan compartir con la católica romana un proselitismo evangélico. Hecho éste, del que es plenamente consciente la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera de Londres, quien no duda en enviar a la Península a uno de sus mejores ministros o agentes, George Borrow, ya bien acreditado por sus éxitos propagandísticos en la Rusia de los zares.

LA BIBLIA EN ESPAÑA

Instalado en Madrid, donde sorprende a nuestro hombre la sonada sublevación de los sargentos de San Ildefonso de La Granja (Segovia), así como el programa progresista, Borrow planea en serio una penetración decisiva de la Sociedad Bíblica en España. Atados ya los restantes cabos, marchará a Gibraltar y retornará a Londres el 3 de octubre de 1836, volviendo a España mes y medio después, desembarcando en Cádiz el 22 de noviembre, desde donde partirá para Madrid, a donde llega el día siguiente de Navidad. Y en los primeros días del año 1837, concertará con el impresor Andrés Borrego la edición del Evangelio, según la traducción del P. Scio, y tomando como pauta, otra editada, sin notas un decenio antes y en Londres, por la misma Sociedad Bíblica. Terminada la edición hará falta difundirla, y es entonces cuando Borrow, siguiendo un indefinible impulso solicita permiso de sus superiores ingleses para repartir personalmente el libro por los pueblos y comarcas de España, e impartir, si se le cuadra, su contenido, lo que le permitirá entrar en contacto directo con sus gentes incluso el pueblo llano, y llevar a cabo una enorme labor de proselitismo y propaganda anglicana. La petición de Borrow es aceptada y henos a nuestro hombre, tras

dejar en la Corte a Don Pedro de Usoz y Río encargado de sus asuntos y en compañía de su doméstico griego Antonio Bochino emprender un largo y pintoresco viaje por la Península, primero a través de Castilla, viaje que le llevará asimismo a Galicia y a la cornisa cantábrica, dándole ocasión, como se ha dicho, de visitar Asturias en el otoño de 1837, concretamente entre fines de septiembre y primeros de octubre.

Será después de este viaje, ya de regreso a Madrid (30 de octubre), cuando Borrow empieza a hacerse célebre no sólo para las autoridades españolas, a raíz de las repetidas denuncias de que es objeto por parte de determinadas autoridades eclesiásticas, de Castilla, León y el Norte, a las que, al igual que a ciertos estamentos integristas, escandaliza y molesta extraordinariamente la labor proselitista de Borrow.

BORROW Y LOS GITANOS ESPAÑOLES

Hay un sector en la infraestructura social de la España que conoció Borrow, en el que éste se encuentra como el pez en el agua. Nos referimos al mundo de las minorías gitanas en la que nuestro hombre es admirado y respetado, por su conocimiento de sus leyes, costumbres, lenguas y jergas, instituciones, códigos, comportamiento, etc. No hay que olvidar que ya antes de llegar a España, Borrow había tratado y convivido con gitanos de toda Europa, desde su misma niñez, si nos atenemos a los datos que se ofrecen en su curiosísima obra autobiográfica³. Su trato con los gitanos españoles le hará depositario de excepción, de muy importantes conocimientos en torno a la historia, usos y costumbres de los gitanos españoles, incluso durante el Antiguo Régimen. Ello le moverá incluso a publicar en *caló*, para uso de los mismos el Evangelio de San Lucas⁴, y poco después a su conocido li-

(3) Me refiero concretamente a *Lavengro; The Scholar-The Gypsy-The Priest*, 3 vols. Londres, John Murray, 1851, obra en la que junto a noticias verídicas el autor deja volar su fantasía. La edición que ha podido constatar en Oviedo y al escribir estas páginas data sin embargo de 1969 (Londres, Heron Books) y se abre con una gustosa introducción de mi viejo amigo Walter Starkie.

(4) *Embeo e Majaró Lucas...* El Evangelio según San Lucas. Trad. al Romani o dialecto de los gitanos de España, Madrid, 1937. Al parecer dicha traducción sería hecha el año anterior durante la estancia de Borrow en Badajoz.

bro ya citado sobre los gitanos españoles⁵, en el que se encierran muy interesantes observaciones, hoy de obligada consulta y conocimiento para todo aquel que desee conocer la situación de las etnias «parias» en la Península en el tránsito del siglo XVIII al XIX.

BORROW EN MADRID: SUS PRIMEROS CONTACTOS CON ASTURIANOS

En el capítulo XII de *The Bible in Spain* así como en los siguientes, Borrow nos relata de forma llana y pintoresca sus primeras andanzas en Madrid, conocimientos, visitas, e incluso sus primeros contactos con la población. Y al hablar de la muchedumbre heterogénea con la que tendrá que convivir, encabezando un pintoresco saludo a los distintos provincianos con quien tendrá que tratar encontremos que clama:

«¡Salud, *aguadores* de Asturias, que, con vuestro grosero vestido de muletón y vuestras monteras de piel, os sentáis por centenares al lado de las fuentes, sobre las cubas vacías, o tambaleándose bajo su peso, una vez llenas, subís hasta los últimos pisos de las casas más altas!»

Y páginas más adelante, hablándonos de cuando iba a pasear al hoy Parque del Oeste de Madrid en la zona que corresponde a la actualmente denominada La Bombilla, comentará sus charlas con un *naranjero*, que, además de naranjas, vendía agua en un puentecillo, junto a una abandonada caseta de consumero, «individuo muy zumbón y aunque apenas sabía leer y escribir, nada ignorante de las cosas del mundo»:

Era asturiano como de 50 años y de unos cinco pies de alto. Yo le compraba muchas naranjas y no tardó en sentir gran amistad por mí y en contarme su historia; ninguna cosa notable había en ella; el suceso más importante era una aventura que le ocurrió en las Sierra de Granada, donde cayó en poder de unos gitanos y luego le despidieron dándole palos. «He corrido toda España —me dijo— y en

(5) *The Zincali or an Account of the Gypsies of Spain*. 2 vols. Londres, John Murray, 1841.

conclusión opino que sólo hay dos sitios donde se puede vivir: Málaga y Madrid. En Málaga va todo muy barato, y hay tal abundancia de pescado, que muchas veces lo he visto amontonado en la orilla del mar; en Madrid como está la Corte, corre el dinero y nunca me acuesto sin cenar. Lo único que me importa es vender naranjas, y mi único deseo es que cuando muera me entierren allí». Al decir esto señalaba al otro lado del Manzanares...»

Fue posiblemente, a raíz de estos contactos, y al hacer el proyecto de sus viajes, cuando Borrow decidiría incluir en él, a las Asturias. Esas Asturias de Oviedo que suministraban numerosa población laboral a la Corte de Los Milagros, tan numerosa, por lo que hoy sabemos, que sería conscientemente subrayada por escritores y cronistas locales tan prestigiosos como el mismo Don Ramón de Mesonero Romanos⁶, que notaron en conocidos y divulgados escritos, la presencia de trabajadores asturianos en la Corte, claramente significados en particulares dedicaciones. Al respecto, es notable por cierto la semblanza del aguador asturiano que aparece en la célebre obra *Los españoles pintados por sí mismos*⁷, en la que se incluyó asimismo un curioso dibujo debido a Alenza. Tal obra expresión de un género costumbrista, a la sazón de moda en Europa⁸, no nos da sin embargo clara conciencia de la impor-

(6) Cf. del mismo, *Manual de Madrid*, Madrid, 1831, pág. 68, donde escribe refiriéndose al servicio doméstico existente en Madrid (criados): «Los asturianos, en general abastecen a Madrid de criados de servicio: los más finos y aseados sirven de lacayos; otros más toscos hacen de compradores y mozos de servicio, y todos por lo regular no desmienten la antigua y conocida honradez de su provincia. Son trabajadores, sufridos, y sólo torpes en los principios de su llegada a Madrid, aunque muy luego se enteran de sus calles, usos y costumbres. Sus salarios varían según el convenio y trabajo que se les dé, pero puede fijarse por término medio, el de dos reales diarios y la comida, que pagan la mayor parte de las casas de Madrid».

Y el mismo Mesonero Romanos, seguirá al hablarnos de aguadores y mozos de cordel (págs. 68-69): «También los asturianos y gallegos desempeñan en Madrid estos oficios. Los aguadores suelen también servir de mozos de compra, y el precio de su trabajo suele ser 20 rs. al mes, con lo cual nutren de agua que toman en las fuentes principales. Los... mozos de cordel que se hallan en las esquinas de las calles, aunque toscos sobre manera, sirven para conducir los efectos y hacer de toda especie de mandados, lo cual ejecutan con bastante exactitud y notable probidad pagándoles 2 a 4 rs. por cada mandado».

(7) La semblanza del aguador asturiano (Cf. pág. 84) de la edición de Gaspar y Roig, Madrid, 1851, se debe a D. Santos López Pelegrín, «Abenamar».

(8) Cf. Margarita Ucelay Da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos*, (1843-1844). *Estudio de un género costumbrista*. México, 1951.

tancia del estamento laboral asturiano en la Corte y que se va acrecentando con la Restauración y hasta nuestros días, como han subrayado notables estudios, entre los que quizá cabría destacar aquí el de E. González Velasco en *Tipos y bocetos de la emigración asturiana tomados del natural por ...* (Madrid, 1880, XX, 132 págs. Cf. págs. 29-54) donde se contiene una descripción que se nos antoja bastante fidedigna de la vida del aguador madrileño oriundo de Asturias⁹.

Cabe preguntarse sin embargo y antes de entrar pormenorizadamente al tratar del viaje de Borrow por las Asturias, sino de la idiosincracia y caracterización étnica del asturiano y como éste era considerado ya por el resto de España, ya en la Corte¹⁰, de la situación política del Principado, tras la francesa y los ramalazos de Absolutismo y Liberalismo que conocen los primeros decenios de la España del siglo XIX, incluyendo el primer levantamiento carlista.

En 1837 Oviedo y Gijón, constituían dentro del solar astur los focos alentadores no sólo de extremismos liberales sino de otros más o menos prácticos que darían viabilidad a realidades como pongamos por caso el proceso desamortizador de Mendizábal, iniciado un año antes y del que a la larga habrían de aprovecharse muchas gentes que realmente no pertenecían a la vieja nobleza astur. Es por entonces cuando la Real Compañía Asturiana de Minas empieza a poner las bases de su posterior poderío, y su ejemplo iba a ser seguido por gentes avisadas de la talla de un Alejandro Aguado, Marqués de las Marismas (1785-1842). Al parecer y cuando Borrow conoce Oviedo, la futura Vetusta contaba aproximadamente, según anota nuestro hombre unos 15.000 habitantes, y por lo que nos cuenta, junto a la pasividad de las zonas rurales ante el pro-

(9) Aunque trascienda de la emigración asturiana a la Corte que conoció Borrow, no podemos menos de citar aquí también el eruditísimo trabajo de F. Quirós Linares, *Oficios y profesiones de los inmigrantes de Cangas del Narcea en Madrid*, antes de la guerra civil (Cf. ARCHIVUM, XXI, Oviedo, 1971), y en el que se detallan aspectos del Reglamento de aguadores de 1874, que no debía diferir excesivamente de aquel al que se atenían los aguadores asturianos que conoció Borrow en su estancia en Madrid.

(10) Para una consideración particular del tema es fundamental la obra ya clásica de Miguel Herrero García, *Ideas sobre los españoles del Siglo XVII*, Madrid, Gredos, concretamente pág. 7.

gresivo afianzamiento del régimen liberal, al que sólo se oponían pequeñas «partidas», había un cierto reparto de «campo de acción» entre la aristocracia y el clero, al que las leyes desamortizadoras, restaron posiblemente enorme poderío e influencia política, llevándole incluso a enfrentarse con concretos sectores del Antiguo Régimen, convertidos en compradores de los predios y propiedades eclesiásticas. La canalización de tales inversiones, en su mayor parte con destino al Estado, indudablemente restaría afluencia de metálico en la circulación regional, hecho este que repercutiría dramáticamente en los estratos inferiores de la población, víctimas de las bruscas fluctuaciones de precios, sobre todo de cereales, más dado el hecho de que en el Principado no se había desarrollado un régimen de pósitos similar al que disfrutaban, por ejemplo Castilla y León, y se vivía en una economía arcaica, que en el terrazgo giraba en torno de la realidad de la quintana y su hórreo.

Puede decirse pues, sin embargo, que económicamente cuando Borrow penetra en Asturias ésta quizá pueda dividirse geográfica y económicamente en tres regiones: la occidental que empieza desde Galicia y llega hasta el llamado Puerto de Baraya e incluso Luarca, y que parece depender económicamente del Reino de Galicia; la central, quizá desde Muros de Pravia hasta Villaviciosa, y la oriental desde dicha villa a las Tinas, es decir, hasta San Vicente de la Barquera, donde Borrow cierra su viaje por Asturias. Más o menos, siguiendo ese esquema tendríamos pues, que analizar las impresiones de nuestro viajero y el comentario que éstas nos merecen.

Antes, sin embargo, y siguiendo ya nuestras deducciones personales, ya las de Knapp, contenidas en su obra anteriormente citada, quizá pudiéramos reconstruir las jornadas astures de Borrow en el otoño de 1837 de la forma siguiente:

25 de septiembre: Luarca, Canero, Los Vallautas y Soto de Luiña.

26 de septiembre: Muros, Avilés, Gijón.

27 de septiembre: Oviedo.

28 de septiembre: Permanencia en Oviedo.

29 de septiembre: Permanencia en Oviedo probada por fecha de la carta que desde dicha ciudad escribe a la *Bible Society* de Londres.

30 de septiembre al 4 de octubre: Permanencia en Oviedo.

5 de octubre: Salida de Oviedo a Villaviciosa.

6 de octubre: Villaviciosa, Colunga, Ribadesella.

7 de octubre: Ribadesella, Llanes, Colombres (no, «Santo Colombo»).

8 de octubre: Colombres, y ya, en la provincia de Santander, San Vicente de la Barquera, Santillana del Mar, etc.

Reconstrucción ésta, cuya única duda está en si realmente fue la noche del 25 al 26 de septiembre cuando Jorge Borrow y sus acompañantes pernoctaron en la villa llamada entonces Muros de Pravia y de la que nos deparará, según veremos más adelante, un curioso relato.

Hechas pues todas estas puntualizaciones sigamos detalladamente a Borrow en su itinerario asturiano.

II. Borrow en Asturias

ENTRADA EN ASTURIAS

Borrow penetra en Asturias pasando la Ría del Eo, desde Ribadeo a Castropol, usando una lancha, que transportará asimismo al alquilador de caballos o arriero que ha contratado como guía, un tal Martín de Ribadeo, y su criado el griego Antonio Bocchino. En la embarcación va la cabalgadura a utilizar por Borrow: una yegua «facciosa», así motejada por su dueño, el de Ribadeo, por haberla comprado por un duro a una partida carlista.

Borrow, había vendido anteriormente su caballo en Santiago. Ve aquí la necesidad de alquilar uno para su viaje por las Asturias.

Ya en la orilla asturiana se inicia el viaje. Ignoramos la hora, pero, por su relato, sabemos que es mediodía cuando llegan a Navia, villa descrita como «pueblecito de pescadores» situado en una ría, enmarcado por la Serranía de Burón.

Navia, como poblado no merece excesivo comentario por parte de Borrow, aunque sepamos que entonces (1837) era ya capital de un próspero Concejo, que conocía una gran actividad textil y empezaba a iniciarse en la política de amortización. También, que disponía de un amplio puerto bien protegido, que brindaba una cierta actividad marinera a la villa y que se manifestaba sobre todo en el cantón de Mohías y en el dique de El Espín. Sería aquí, junto a éste, posiblemente, donde Barrow anotaría la presencia de un «patache», procedente al parecer de las Provincias Vascongadas, y al que nos presenta cargando sidra, hecho éste, que sin embargo se nos antoja un tanto insólito.

Aunque como más arriba hemos dicho apenas nos dice algo de su rápido paso por la villa, Borrow mencionará «la angosta calle del pueblo» refiriéndose quizá a la Calle Mayor. Su atención se concentrará en tres hombres, al que nos presenta como zapatero y que sentados a la entrada de una tienda saludarían a su criado Antonio quien se detendría a conversar con ellos. Conversación ésta que nos da motivo para una primera exégesis.

Veamos. Cuando al rato y ya en la *posada* habla Borrow con su criado sobre la personalidad de sus interlocutores, Antonio se expresará de la siguiente forma:

«*Mon maître* —dijo—, *ce sont des messieurs de ma connaissance*». He sido compañero de servicio de los tres varias veces; de antemano le digo a usted que en esta país apenas hay un pueblo donde no tenga yo un amigo. Todos los asturianos van a Madrid en cierta época de su vida en busca de colocación, y cuando han arañado algún dinero se vuelven a su país. Como yo he servido en todas las casas grandes de Madrid, conozco a la mayor parte de ellos. No tengo nada que decir contra los asturianos, salvo que son tacaños y mezquinos mientras están sirviendo;

pero no son ladrones, ni en su país ni fuera de él, y he oído decir que se puede atravesar Asturias de punta a punta sin el menor riesgo de que le roben o le maltraten a uno, cosa que no sucede en Galicia, donde a cada momento estábamos expuestos a que nos cortaran el cuello.

Singular parrafada ésta, que encierra en su contenido todo un tratado de caracterología étnica, lo que nos hace dudar, si no es otra cosa que el «leit motiv» de que se sirve Borrow, para introducirnos en la idiosincracia asturiana, ya que en el mismo tienen cabida nada menos que media docena de ideas, que encontramos contenidas en publicaciones del tipo de la famosa *Los españoles pintados por sí mismos*, que por aquellos años empiezan a ser fruta del tiempo. Así se tratará aquí de: *a)* el carácter abierto de los asturianos; *b)* el absentismo del asturiano, que le hace abandonar la aldea y marcharse de mozo a la Corte, donde se coloca; *c)* El sentido de ahorro y de economía que le domina durante los años de ausencia, con vistas a poder mejorar su posición, ya de regreso en su tierra; *d)* la natural generosidad y desprendimiento de los asturianos, lo que no es obstáculo para que puedan hacer economías: ej su honradez a toda prueba, y *f)* la comparación fruto de algún dictado tópico, que cabría hacer entre tal honradez y la de otras regiones «cosa que no sucede en Galicia, donde a cada momento estábamos expuestos a que nos cortaran el cuello».

Detengámonos siquiera por un momento en tales apreciaciones de las que según Borrow, es responsable Antonio, pero que cabría considerar, más bien, hijas de diversas notas y observaciones de nuestro hombre y entre las que cabría señalar aquellas que muy bien pudo hacer en la misma corte, al entablar contacto con la gente del pueblo, entre la que no faltaría indudablemente *aguadores*, en su mayoría asturianos que se ganaban la vida en la Villa y Corte con los continuos «viajes» a las fuentes públicas de Cabestreros, Pontejos, Leganitos, Mariblanca (Puerta del Sol), Fuentecilla y tantas otras, yendo de éstas a las casas y pisos que requerían sus servicios. Oficio éste que ocupaba en Madrid casi al millar de aguadores, en su mayoría asturianos y de los que ya hemos dicho que costum-

bristas como Ramón de Mesoneros Romanos nos han dejado curiosos detalles, como por ejemplo, cómo era adquirido y transmitido el derecho a tal servicio en una determinada fuente por un aguador y éste a su vez podía cederle o transmitirle tras años de trabajo, cuando decidía volver a su tierra, a un aspirante generalmente llegado de la misma, percibiendo por ello 10 ó 12 onzas de oro. Indudablemente Borrow tuvo que conocerlos en su estancia en Madrid, cuando aún dicho oficio no había entrado en crisis con la traída de las aguas del Lozoya (1858). Con sus patillas, sus trajes típicos de sayal y sus cubos fue un algo consustancial a la Villa y Corte, aportado por Asturias, como hoy lo son a la misma, pongamos por caso, los vigilantes nocturnos.

Otra característica que subraya Borrow es el sentido de ahorro que domina al asturiano, y que sin embargo no llega a la tacañería. Ello es de siempre y cuando un asturiano se divierte, —*un día ya un día*—, dirá él mismo en *bable* per Asturias, no repara en gastos, incluso por presunción personal.

El mismo afán de mejora o de ascenso social, llevaría a muchos asturianos a la Corte, donde empleándose en los más dispares menesteres, entre los que indudablemente se encontraba el servicio doméstico, les permitiría hacer en unos años algunos ahorros, que bien o mal, les ayudaría de regreso a su lugar en el intento de conseguir una cierta independencia económica, e incluso responsabilizarse en algún comercio o negocio.

De todas formas y en esta línea de ideas, es lógico que Borrow conociese toda una caracterología étnica que en torno a los asturianos se había hecho tópica en la España de la primera mitad del siglo XIX. Claro que dudamos que conociese las malévolas estrofas atribuidas al poeta Francisco Gregorio de Sals, muerto en 1822.

El asturiano cerdoso,
baxo, rechoncho y quadrado,
forcejudo y mal formado,
es un mixto de hombre y oso.

Su carácter es honroso,
hombre de bien, más sin maña,
todo lo emprende con saña,
y son, según les inclina,
su aspecto a moños de esquina
las acémilas de España.

Ripiosa composición que por sí misma se define y en franca contradicción con observaciones tan interesantes como aquella de Fray B. J. Feijoo que en número 33, discurso XV de su *Teatro Crítico Universal*, escribe: «... Quando digo que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las Naciones, debe entenderse en quanto a las qualidades esenciales de penetración, solidez y claridad; no en quanto a los accidentes de más veloz, o más tardo, o más suelto, o más detenido; porque en quanto a esto es visible que unas Naciones excedan a otras. Así es claro que los italianos y los franceses son más ágiles que los españoles. Y dentro de España hay bastante diferencia de unas a otras Provincias. *En esta de Asturias, se notan por lo común genios más despejados, por lo menos para la explicación, que en otros Países, cuya experiencia basta para disuadir aquella general aprehensión de que los Países muy lluviosos producen almas torpes;* siendo cierto que a esta tierra el Cielo más la inunda que la riega, y con verdad la podríamos llamar: *Nomborum patriam, loca foeta furentibus Austris*». Aparte del conceptismo de tal cita y el elogio de las virtudes astures será empero una espina para el Principado el que pudiera incluirse en una ley de la Novísima Recopilación, la prohibición a los *mozos asturianos* usar palos en Madrid y que en el refranero ibérico se incluyan algunos dichos un tanto peyorativos no sólo para las Asturias sino para toda la Iberia Atlántica, como aquellos que rezan, *Asturianos, pates de marrano, y Santanderín, pates de gorrín, ó, Los enemigos del alma son tres: gallego, asturiano y montañés*, dictados tópicos todos ellos, de evidente injusticia y malevolencia, que Borrow jamás tendría en cuenta en la caracterización puesta en boca de su criado Antonio Bochino, antes todo lo contrario.



Tipos asturianos

DE NAVIA A PUERTO DE BARALLA. LA MALATERÍA

Guiados por Martín de Ribadeo, Borrow y su criado seguirían su viaje y desde Navia, hacia Oviedo. Pronto cruzarían

una comarca desolada, para cuya identificación sólo disponemos de un topónimo: el que nos da el paso entre montañas, llamado Puerto de *Baralla*, topónimo éste de difícil ubicación, como no relacionemos con el que nos brinda la localidad de *Barayo*, que sabemos albergó de antiguo una malatería u hospital para pobres peregrinos jacobeos y leprosos. Por lo que sabemos este tipo de fundación fue muy corriente en Asturias desde la Edad Media, manteniéndose incluso hasta inicios del siglo XIX. La Malatería de Barayo, a la que quizá pudiéramos referirnos se hallaba situada entre los concejos de Navia y Luarca, datando del siglo XIII. Se encontraba bajo la advocación de San Lázaro, santo cuya imagen, al ser desamortizada la fundación en cuya capilla se veneraba, sería trasladada a la Capilla de Vigo, junto a Puerto de Vega, Navia.

Construida la Malatería en una comarca aislada y conociendo su función, es lógico que los viajeros que a ella se llegaban encontrasen un tanto tétrico el paisaje.

Este puerto, —pondría Borrow en boca del trajinero— tiene muy mala fama y no me gustaría atravesarlo de noche. Aquí no hay ladrones, sino algo peor, los *duendes* (en castellano en la edición original de Borrow) de dos frailes franciscanos...

Y a continuación el de Ribadeo se explicaría así:

Cuentan que en tiempos antiguos, mucho antes de suprimirse los hospicios, dos hermanos (= malatos), salieron de su hospital a mendigar, recogieron muchas limosnas, y cuando al cerrar la noche pasaban por aquí, camino de su convento disputaron sobre cuál de los dos había recogido más, empeñado cada uno en que había cumplido con su obligación mejor que el otro. Al cabo de las palabras vivas pasaron a los insultos, y de los insultos a los golpes. ¿Y qué cree vuesa merced que hicieron aquellos demonios de hermanos? Pues se despojaron de sus capas, y haciéndolos en una punta sendos nudos con una gruesa piedra dentro, se empezaron a dar mutuamente golpes con tal furia que ambos se dieron muerte»...

Y a continuación Borrow pondría en boca del trajinero en

siguiente comentario, no excesivamente inocente pero que dudamos fuera efectivamente hecho por él mismo:

No sé, amo, cuál es peor plaga, si los frailes, los curas, o los gorriones...

Comentario éste del que realmente creemos totalmente responsable a Borrow, por su mismo enfrentamiento personal, al clero hispano que tantos obstáculos le pone a su entusiasta «regeneración de España», que quiere lograr con el expediente del libre-examen y de la lectura de la Biblia por sus naturales.

... Hay en este «tranco» dos hechos en los que quizá sea conveniente detenernos. El de la existencia de malaterías en el Principado, y en la mención de los *duendes*. Por lo que se refiere a aquellas, como ya se ha dicho sabemos de su existencia en Asturias desde el siglo IX, y no hemos de insistir sobre el particular, teniendo trabajos sobre el tema tan interesantes como el mismo relativamente reciente de J. Tolivar Faes (*Hospitales de leprosos en Asturias durante las Edades Media y Moderna*, Oviedo, 1966). Es muy posible que los dos «hermanos» en litigio, cuya historia quizás inspiró un dramático cuadro al gran pintor hispano Francisco de Goya y Lucientes fueron malos mendicantes. Encontramos empero una confusión en la aplicación de la voz *duende*, con la que Borrow quiso referirse a las almas en pena de los desgraciados contrincantes, ya que la voz *duende*, en Asturias tras las puntualizaciones de C. Cabal (*La mitología asturiana, Los dioses de la muerte*, Madrid, 1925), y la más reciente de L. Castañón (*Supersticiones y creencias de Asturias* Salinas, Ayalga, 1976), más que a un alma en pena hay que equipararla a un *diañu*, especie de *demon*, o diablillo de ínfima categoría emparentado con cualquier diosecillo o geniecillo de la vegetación, familiar, inofensivo e incluso moralizante que gozaba dentro de su situación de *fantasma*, asustando a los paisanos e incluso castigando a los mozos poco diligentes, transformándose en caballería y dejándoles montar en su grupa, para tirarlos, cuando más distraídos estaban, en un *llamargal* o un estercolero y haciéndoles rabiarse con mil travesuras, que a veces eran causa por su descarro del sonrojo de las mozas. Hechos todos no muy acordes con el papel que muchos darán

al duende o *diañu*, de «ánima en pena», papel que admite al asimilar al *Diaño* astur con el *Xas* galaico, como manes o espíritu de los muertos.

EN LUARCA

Dos horas después de pasar el puerto de Baralla, George Borrow registraría en su diario, y después en su libro su llegada a la villa de Luarca, cuya situación geográfica la produciría una profunda impresión:

Se halla, —escribe— en una profunda hondonada, de tan rápidas vertientes que no se ve el pueblo, hasta que se está encima de él. En el extremo Norte de la hondonada, hay una pequeña bahía por la que penetra el mar por un angosto boquete.

Considerada topográfica y geográficamente son pocas en términos generales las variaciones que ha conocido Luarca desde 1837, aún cuando, al igual que toda Asturias, pueda hablarse de la natural expansión urbana, al elegirla como puerto de partida y atraque en la segunda mitad del pasado siglo, inolvidables veleros que hacían la «carrera» de América o del Báltico, y adquirir conciencia el concejo de Valdés, de su real importancia comarcal, puesta en evidencia en los últimos años por importantes trabajos de J. E. Casariego, M. González Cobas y otros asturianistas contemporáneos.

Ya en Luarca, nuestros viajeros buscarían una *posada* (*sic* en el libro de Borrow) «grande y cómoda». Por investigaciones personales, siguiendo a Borrow, hemos deducido al no haber en Luarca fondas particulares que se alojarían en la entonces bien acreditada Posada de las Cuerdas, en la calle del Crucero, donde encontraron buen acomodo. Ya instalados, Martín de Ribadeo creyó concluidos sus servicios emprendiendo la búsqueda de otro guía y caballerías de refresco, con objeto de poder volver él a Galicia. Sin embargo las cosas se complicarán, a no haber disponibles caballos de posta y no poder contar con éstos por lo menos hasta dos días después. Ante la disyuntiva Borrow tendrá que tratar con el de Ribadeo, para que

éste continúe a su servicio y le lleve a Oviedo. El inglés nos transcribe la contestación del trajinero:

Al entrar en Luarca —dijo Martín— tuve el presentimiento de que no estábamos destinados a separarnos ahora. Tiene Vd. que alquilarnos a mí y a la yegua hasta Gijón; allí ya encontrará Vd. medio de trasladarse a Oviedo. Hablando con franqueza, no siento lo más mínimo que los guías estén fuera, porque la compañía de Vd. me agrada y estoy seguro de que a Vd. le agrada la mía. Ahora voy a escribir una carta a mi mujer diciéndole que volveré a Ribadeo en unos cuantos días.

Respuesta ésta, cuya transcripción verosímil y real, cabría aceptar dentro del relato, si Borrow, fantaseando una vez más no hubiera añadido:

«Martín salió del aposento canturreando la siguiente copla:

Un manco escribió una carta;
un ciego la está mirando;
un mudo la está leyendo;
y un sordo la está escuchando.

No; en manera alguna cabe aceptar esto, tanto más cuando dicha letra o copla es extraña al cancionero popular español, y desde luego galaico ¹¹. Casualmente sin embargo, podemos hablar de una cancioncilla inglesa que pudo sin embargo más o menos subconscientemente inspirar a nuestro inglés:

A headless man had a letter to write
Twas read by one who lost his sight

(11) Textualmente en la edición original de *The Bible in Spain*, Borrow escribe:

«A handless man a letter did write
A dumb dictated it word for word
The person who read it had lost his sight
And deaf was he who listened and heard».

The Dumb repeated it word for word
And he was Deaf who listend and heard ¹².

Circunstancia ésta, que nos hace pensar, una vez más, en los elementos no reales entreverados en el relato de Borrow, sin descartar que nuestro hombre, para una mejor comprensión de sus futuros lectores hubiera sustituido cualquier copla o dicho regional por alguna cancioncilla popular anglosajona.

Amanecería el 25 de septiembre y con el criado y Martín de Ribadeo vemos proseguir su viaje a Borrow. Tras una hora de marcha les encontraremos en un lugar denominado *Caneiro (sic)*, y que fácilmente quizás sea posible identificar con Canero, distante de la capital del Concejo apenas dos leguas (unos 10 kms.), lugar que años atrás había sido escenario de la luctuosa muerte de los patriotas asturianos Juan Fernández Cernuda y Bernardo Fernández Asensio. El sitio es hoy de muy fácil acceso por coincidir con el cruce de la carretera general de Luarca a Oviedo si se va a éste por La Espina y Salas, o se toma la sinuosa carretera de la costa que lleva a Avilés y a Gijón. La belleza umbrosa del lugar, pródigo en castaños llama la atención del inglés, que atraviesa con sus acompañantes y caballería con una barcaza el río Esva o Canero, famoso por la gran cantidad de truchas que aún pululan en el mismo, gracias a las singulares condiciones ecológicas del lugar que posiblemente han influido en la reciente instalación de una piscifactoría.

DE CANERO A GIJON

Tras vado y valle, nuestros viajeros entrarían en otro paisaje, recortado y agreste, cuya bravía belleza no podrá empero ser apreciada totalmente por Borrow con el día tristón y sombrío que va imponiéndose a medida que va entrando la mañana.

(12) *Bombaugh's Gleaning from The Harvest-Field of Literature*, 1870, pág. 189.. Vid. en *Book of Riddles*, mencionado por Laneham, 1575 y en el *English Courtier*, 1586, ó 1629.

Preguntarán a una anciana por el camino a seguir en dirección a Gijón u Oviedo. Hemos ante una respuesta un tanto sibilina, que posiblemente no se detuvo a pensar para su total comprensión Don Manuel Azaña en su admirable traducción del libro de Borrow, ya que nos encontramos ante la disparatada o equivocada transcripción de un topónimo, dado el hecho de que el mismo Borrow, aunque ducho en *romani*, oyó mal y no sabía nada de bable occidental:

—¿Para Gijón y Oviedo? —replicó la comadre—.
Aún tienen Vds. que cansarse de andar antes de llegar a Gijón y Oviedo. Por de pronto tienen Vd. que rajar las *bellotas* (sic); cabalmente están Vds. debajo.

Contestación ésta, tal como nos la da la traducción de don Manuel Azaña, pero que reconstituida por nosotros al bable pudo ser poco más o menos lo siguiente en lo esencial:

—*Lo primero que tienen que fazer ya frañir las balloutas; están ustedes mesmamente debaxo.*

Es natural que, sorprendido Borrow, preguntase al de Ribadeo qué es lo que quería decir la buena mujer en su inefable *patois* y que éste intentó según sus luces explicarlo partiendo de la voz «bellota». ¡Aviado estaba si dejaba trasparentar al *míster* su ignorancia!

Veamos lo que dice el mismo Borrow:

—¿Qué quiere decir con eso de rajar las *bellotas*?
—pregunté a Martín de Ribadeo.

—¿No ha oído vuesa merced hablar de las siete *bellotas*? —respondió el guía—. A punto fijo no puedo decirle a usted lo que son, porque no las he visto nunca; pero creo que han de ser siete montañas que vamos a cruzar y las llaman de ese modo porque las encuentran parecidas a las *bellotas*. He oído hablar de ellas bastante, aunque, según dicen se les indigestan a los caballos.

Curioso diálogo, que pone en evidencia por un simple análisis el despiste, tanto de Borrow, como del guía gallego, al asimilar la voz «ballouta», que posiblemente fue lo que dijo la anciana interrogada, y que en bable occidental viene a sig-

nificar algo así como *valles altos*, con la castellana utilizada para designar al fruto del *Quercus*, encina o roble muy abundante en Asturias, y que de ser mencionada por la buena mujer hubiera sido denominada ya *bichota*, ya *llande* (del latín *glante*), que es como se denomina a dicho fruto en bable. Azaña no reparó en su traducción en tamaña confusión, ni siquiera en la existencia en un lugar en el itinerario, denominado Ballota, en el concejo de Cudillero, quizá en virtud del particular paisaje en que está enclavado, dando a la ruta costera, aparte de una notable grandiosidad, claras dificultades de tránsito, que han sido expuestas en dichos populares como aquel *Siete ballotas y un ballotín, vaya'l demoniu que mal camín*, recogido por los folkloristas astures. Y en realidad, que el dicho popular no podía ser más acertado, al transcurrir el camino entre imponentes derrumbaderos y principios así como torrenteras, entre los que antes de la construcción de la actual carretera costera, viandantes y caballerías corrían a cada momento el peligro de despeñarse, agotando la paciencia de los viajeros, y haciéndoles prorrumpir en deñuestos y maldiciones, recordando incluso a la salvaje Tebaida y otros inhóspitos y exóticos confines, más aptos para la vida contemplativa, que para el tránsito obligado, hecho éste por cierto sugerido por el mismo Borrow.

Pasado el mal trago y tras un alto en el camino, en una mísera *venta* (*sic* en el original inglés), tras salir de la zona y continuando con un tiempo desapacible, ahora al parecer amenizado por un insistente *orbayu*, nuestros viajeros pudieron llegar a *Soto de Luiña* en el mismo Cudillero, hito bien conocido en el Camino de Santiago, y en el que se haya enclavado un hospicio de peregrinos, hoy convertido en la casa parroquial de la iglesia de Santa María, cuyo campanario de gran empaque llama la atención del turista contemporáneo. Incansables, nuestros viajeros seguirían empero su camino y ya de noche con la caballería pudieron arribar sin percance al pueblo de Muros de Pravia, hoy Muros del Nalón, en la otra vertiente del cordal costero.

Ignoramos la impresión que sacaría nuestro viajero de Muros, donde llega de noche, posiblemente cerrada, y del que

apenas nos habla, más que para decirnos que era un «pueblo grande». Pronto encuentran posada (*sic*) y allí reconfortados al amor de un buen fuego que secaría sus ropas y les haría olvidar los pasados apuros en su tránsito por las Ballotas, Borrow contempla la acogedora casona que les alberga y cuya situación en un reciente viaje a Muros (febrero de 1975) hemos intentado localizar con alguna exactitud en algún lugar próximo a la plaza, pensando en alguna vieja mansión señorial, tan en decadencia como la que hoy presenta el famoso Palacio de Valdecarzana, de la que únicamente su portón parece ser vestigio de viejas glorias.

La casa —nos describirá Borrow— era grande e irregular, con espaciosa cocina en el piso bajo. Escaleras arriba, había un vasto comedor con inmensa mesa de roble, rodeada de pesados sillones de cuero muy altos de respaldos, que lo menos tenían tres siglos. Con este aposento se comunicaba una galería o voladizo de madera, abierta al aire, que conducía a un cuarto pequeño, provisto de un lecho antiguo, con dosel y cortinas donde yo había de dormir. Era una de esas posadas que los novelistas gustan introducir en sus descripciones sobre todo cuando los sucesos narrados ocurren en España.

Analicemos esta reflexión que quizá nos hará incidir en el tópico. El mismo, puesto en circulación por toda la serie de viajeros extranjeros que visitaran España durante todo el pasado siglo, y que parece tan caro a los franceses Próspero Mérimée, Teófilo Gautier, Gustavo Doré, Víctor Hugo, A. Latour y tantos otros, e incluso a los anglosajones entre los que no pueden faltar ni el inevitable Richard Ford, ni el mismo Washington Irving, hechizado por Granada. Tal convención será utilizada infinidad de veces por numerosos escritores usando de la fantasía, incluso en obras tan complejas como, pongamos por caso *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, a datar lustros atrás, pero que siempre darán al lector la idea de que España es «el país de lo imprevisto».

Aquí, sin embargo Borrow parece querer dar a entender que se encuentra bajo el techado de una mansión que es algo, quizá la casa solar de algún noble al que los azares de la Re-

volución ha llevado a menos. Con tal idea llevamos a cabo personalmente, y como se ha indicado más arriba una pequeña indagación, personándose en Muros e intentando localizar dicho alojamiento. Sin embargo llegamos a la convicción de que, una vez más, en Borrow, se imponía la fantasía sobre la realidad, ya que el alojamiento no pudo ser más que un simple mesón. Aun con la circunstancia de que el edificio, posiblemente una vieja casona llena de historia, y que nos señala el historiador local Félix G. Fierro, pertenecía a los Marqueses de Valdecarzana, satisfaciendo a éstos el mesonero como canon anual de arrendamiento (1835), un real diario, y en números redondos unos 350 reales al año. Fiándonos en las indagaciones de otro historiador local, Antonio Juan de Bances, llegamos a la conclusión de que el mesón en cuestión era la primera casa, a mano izquierda, según se entra en la plaza por la calleja de Arango, si nos atenemos a la descripción que de ella nos dejó el administrador de Valdecarzana. Sería pues la misma que habitó Ruperto Escalada, unida a la hoy colindante hacia arriba, conocida como «la casa de la Atilana», según nos informaría amablemente en nuestra indagación el Jefe de la Oficina de Correos de Muros (1975).

Todo ello muy prosaico y corriente. Sin embargo Borrow parece querer imbuir a su relato un tinte novelesco, en torno a la casona en cuestión, al darnos transcrita la curiosa conversación que pudo sostener con su huésped, «asturiano locuaz» al amor de la lumbre, mientras afuera la galerna hacía de las suyas. Veamos una vez más, entreveradas ficción y realidad:

El viento rugía sin cesar y llovía a torrentes. Me senté, soñoliento, al amor de la lumbre, y la conversación del huésped me despabiló.

—Señor —me dijo—, hacía ya tres años que no venían extranjeros a mi casa. Recuerdo que por esta misma época, y en una noche como la de hoy, llegaron a la posada dos hombres a caballo. Me chocó que no trajeran guía. En mi vida he visto dos individuos más raros; no se me olvidarán jamás. El uno era tan alto como un gigante; tenía unos bigotes rojizos que le tapaban la boca; la cara

era coloradota y parecía muy torpe y estúpido; debía de serlo, en efecto, porque cuando le hablé no pareció haberme entendido, y me contestó farfullando un *¡Válgame Dios!* tan extraño, que me le quedé mirando con los ojos y la boca abiertos. El otro no era tan alto ni colorado, ni tenía pelos en la cara, ni apenas en la cabeza. Era diminuto y parecía *jorobado*; pero *¡válgame Dios*, que ojos los suyos!. Tan penetrantes y malignos eran como los de un gato montés. Hablaba el español tan bien como yo; pero no era español. Un español no tiene aquel mirar. Iba vestido de *zamarra*, con muchos bordados y filigranas, y llevaba sombrero andaluz, no tardé en comprender que el pequeño era el amo, y el gigante el criado.

«*¡Válgame Dios*, que malísimo genio tenía el *jorobado*. Con todo era muy gracioso y zumbón, y a veces me decía unas chuscadas como para morir de risa. Se puso a cenar en el comedor de arriba (permítame usted que le diga que durmió en el mismo cuarto en que su merced va a dormir esta noche), y su criado le servía. Bueno: yo tenía mucha curiosidad, y me senté también a la mesa sin pedirle permiso. ¿Por qué había de pedirselo? Yo estaba en mi casa, y un asturiano es buena compañía para un rey, y es a menudo de mejor sangre. La cena fue sorprendente. En cuanto el gigante se descuidaba lo más mínimo en el servicio de su amo, el *jorobado* se ponía en pie, se subía a la silla de un brinco, y agarrando al gigante por el pelo le daba de bofetadas, hasta el punto de hacerme temer que iba a arrojar las muelas por la boca. Pero el gigante no parecía dar gran importancia a estos incidentes; supongo que ya estaría acostumbrado. *¡Válgame Dios!* Un español no lo hubiera llevado con tanta paciencia. Pero lo que más me sorprendía era que después de pegar al criado el amo se sentaba, y al instante comenzaba a hablar y a reír con él como si no hubiera ocurrido nada, y el gigante reía y conversaba con su amo como si no le hubiera pegado nunca.

«Ya supondrá usted, *señor*, que no entendí ni palabra de la conversación, porque no hablaban en cristiano, sino

en la misma lengua extraña en que el gigante me contestaba cuando le dirigía la palabra; todavía me está sonando en los oídos. No se parecía a ninguna otra lengua, ni al vascuence, ni a la lengua en que su merced habla aquí a mi tocayo el *signor* Antonio. ¡*Válgame Dios!* A lo que más se parecía es al ruido que hace una persona al enjuagarse la boca con agua. Creo recordar todavía una palabra que no se le caía de los labios al gigante; pero su amo no la empleaba jamás.

«Pero aún no le he contado a usted lo más raro de esta historia. Cuando se acabó la cena estaba muy avanzada la noche; la lluvia golpeaba en las ventanas como en este momento. De pronto el jorobado sacó el reloj. ¡*Válgame Dios, que reloj!* Sólo le diré a usted una cosa, *señor*: que con los brillantes engastados en las tapas se podía comprar toda Asturias y Muros encima, y relucían tanto que no hacía falta lámpara en el cuarto. El *jorobado* miró al reloj y me dijo: «Me voy a acostar». Tomé la luz y le llevé por la galería a su cuarto, seguidos del criado. Bueno, *señor*: levanté la mesa y me quedé abajo esperando al criado, a quien tenía preparada una buena cama cerca de la mía. *Señor*, esperé con calma una hora, pero al cabo se me agotó la paciencia; subía al comedor, entré en la galería, y al llegar a la puerta de la habitación de aquel viajero tan raro, ¿qué dirá usted que vi?

—¿Cómo lo voy a saber —respondí—. Acaso sus botas de montar.

—No, *señor*; no vi sus botas de montar. Tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en la puerta, de suerte que era imposible abrirla sin despertarle, estaba el gigante profundamente dormido; sus inmensas piernas ocupaban casi toda la longitud de la galería. Me santigué lleno de admiración; y no me faltaban motivos, porque el viento era tan fuerte como esta noche, la lluvia entraba a chorros en la galería, y, sin embargo, allí se estaba el hombre dormido profundamente, sin abrigo, sin un leño siquiera por almohada, tumbado delante de la puerta de su amo.

«Señor, aquella noche dormí muy poco, porque pense que había alojado a dos brujos o a gente que no era humana. Una o dos veces subí al piso de arriba y me asomé a la galería: el criado continuaba allí dormido; me persigné y me volvía a la cama.

—Bueno —dije yo—, ¿qué ocurrió al día siguiente?

Nada de particular: el jorobado bajó de su cuarto y estuvo bromeando conmigo en buen español; el criado bajó también, pero de todo lo que dijo, que no fue mucho, no entendí ni palabra, porque hablaba en aquella calamidad de lengua. Estuvieron aquí todo el día hasta después de cenar; entonces el *jorobado* me dió una onza de oro, montaron los dos a caballo y se fueron no sé dónde, en plena noche, de modo tan extraño como habían venido.

—¿Es eso todo? —pregunté.

—No, *señor*; no es eso todo: razón tenía yo al suponer que eran brujos; al día siguiente llegó un correo y los buscaron mucho, y a mí me prendieron por haberlos tenido en mi casa. Esto ocurrió a poco de empezar la guerra. Se dijo que eran espías y emisarios de no sé qué nación, y que habían visitado todos los rincones de Asturias para conferenciar con los descontentos. Lograron escaparse y no volvió a saberse de ellos; pero los caballos que montaban, parecieron sin los jinetes, vagando por el monte; eran jacas ordinarias sin ningún valor. Se cree que los brujos se embarcarían en algún barquichuelo escondido en una de las *rías* de la costa.

YO.—¿Qué palabra era la que oía usted decir continuamente al criado, y que cree usted poder recordar?

EL HUESPED.—*Señor*, hace ya tres años que la oí, y a veces puedo recordarla, pero a veces no; en ocasiones me he despertado repitiéndola. Espere, *señor*; la tengo en la punta de la lengua: era *Patusca*.

YO.—Quiere usted decir *Batuschca*; aquellos hombres eran rusos.

¿Qué opinar de esta inefable narración? ¡Ss podrían decir tantas cosas! Quizá lo más expeditivo sería suponer que una vez más se impusieron en Borrow las dotes novelísticas, sobre las narrativas y descriptivas de todo viajero que pretende darnos relación suscinta de lo que pudo conocer en su viaje. Sin embargo, se contienen en los párrafos transcritos algunos datos dignos de ser analizados, si es que no nos decidimos por creer que aquí Borrow introdujo un episodio conocido o vivido en alguno de sus viajes por la Rusia de los Zares, antes de venir a España. Hay indudablemente elementos significativos, fácilmente inteligibles para alguno de sus contemporáneos, como el mismo Richard Ford, que se complacía en encabezar sus cartas a Borrow con el apelativo de *Batuschca* (= «querido», en ruso). Indudablemente de sentirlo como cierto, se trata de una clara referencia a un concreto personaje que no hemos identificado completamente, y que aparte de ser jorobado o contrahecho (*hunchback*, en inglés), por su descripción, más que *zamarra*, como nos lo pinta *el huésped*, con muchos bordados y filigranas y un curioso tocado «andaluz», quizá pudiera imaginársele trajeado con el ostentoso *dorman* militas de los husares¹³ con alamares, trencillas y presillas y su especie de fez, montera o casco que le excusaba de cubrir su cráneo con peluca («ni tenía pelos en la cara ni apenas en la cabeza»). El asistente o criado, con sus mostachos rojizos y su descomunal corpulencia, también parece aludir a una persona concreta, así como la forma de comportarse ante las intemperancias de su amo o señor.

Ante todo esto y de conceder verosimilitud al relato sólo nos quedan tres salidas. Una, que Borrow recogió de la tradición popular la historia de la visita a Asturias de un exótico viajero, quizá el mismo al que el novelista inglés Joseph Conrad, mejor dicho Teodoro Joseph Konrad Korzeniowski, de origen polaco y nacido años más tarde (1857), hizo protagonista de su curioso relato *La posada de las dos brujas*, que sitúa en Asturias en plena guerra napoleónica, hacia 1813, teniendo como protagonista a un tal Edgar Byrne, y que anda

(13) El regimiento de los Husares de la Princesa fue creado en España en 1833. El de Pavia aún cuando existió desde el siglo XVII, no fue organizado hasta la segunda mitad del siglo XIX.

huido por las brañas asturianas, relato traducido al castellano por Juan Guixé (1923). La segunda explicación o salida, es, que realmente existieron tales viajeros y que fueran rusos. En tal caso cabría pensar en algún oficial zarista algún «decembrista» trasnochado, que fugado tras la represión de Nicolás I y queriendo aprender al igual que Muraviev del infortunado Riego, o incluso del hábil Evaristo San Miguel, —el asturiano que sabemos ejerció gran influencia en la oficialidad rusa de su época—, se habría venido desde la lejana Rusia a conocer las Asturias. En este sentido sería quizá muy útil una investigación en profundidad en las hemerotecas y archivos de la época, en busca de algún personaje o algún nombre, que no nos atrevemos hoy por hoy, a dar, ni siquiera como espías o emisarios de la inquieta oficialidad zarista a la que había fascinado el episodio de la isla de León, en la misma medida que, contemporáneamente, al francés Regis Debray le atrajo la personalidad del discutido guerrillero latino-americano Ernesto Guevara, y su utópica lucha por implantar el socialismo castriista en la América del Sur.

Sabemos, por cierto, de personajes de la Rusia zarista bien interesados y muy enterados de lo que ocurría en la España de 1835-40, que quizás nos pudieran proporcionar, por otra parte, el hilo de una posible investigación. Ahí está por ejemplo Gogol, autor de su célebre *Diario de un loco* (1835) y la curiosa historia de Poprishchin, con su conocimiento extraordinario de las «cosas de España», —de la España que estaba conociendo Borrow—, y que nutrían toda una sección especial de *Severnaia pchelá*. Ahí están también Nikolai Pavlov y Vladimir Odoevski, con sus novelaciones de tema hispánico, y sobre todo, V. Vladislavlev, cuya curiosa novela *Don Nierro*, incluirá cartas, que se presentan llegadas a San Petersburgo desde Asturias, cartas que parecen dar una imagen de lo que se antojaba era la España de entonces¹⁴, y que los *batuschcas* de Borrow, iban a encargarse en crear para la Europa romántica, antes incluso de que pudieran también inspirarse en ella, hacia 1840, un Mijail Glinka o un Vasili Botkin.

(14) Cf. al respecto VI. Vladislavlev, *Povesti i rasskazy*, ch. 3., San Petersburgo, 1838, págs. 73-74.

Por otra parte y volviendo al extranjero de Muros, la última salida que quizás cabría apuntar, es ver en tal personaje con su criado algún elemento trasfuga realmente importante, más o menos vinculado a la Carlistada. En este sentido, sabemos de militares centroeuropeos de alta graduación que frey y cuentan o militaron en las filas carlistas durante los años que Borrow visita Asturias, aunque no sabemos de su presencia en el Principado. Ahí está, por ejemplo, el Príncipe Félix Von Lichnowsky, que con su inseparable y gigantesco cocinero hace la guerra junto a Don Carlos, pero, por lo que sabemos jamás estuvo en Asturias, o el infante Don Sebastián Gabriel, que se adecuaba fielmente a la descripción de Borrow, pero ni usaba el *dorman* de husar, ni hizo la guerra en el Principado¹⁵. Por todo ello y en el estado actual de nuestros conocimientos, quizá lo oportuno fuera ver, como ya se ha dicho antes, un entreverado más en la relación de nuestro inglés.

Siguiendo con ésta, volvemos a encontrar a nuestros viajeros abandonando Muros, donde Borrow se despide ya definitivamente del guía de Ribadeo, que, caballero en su yegua «facciosa», podrá retornar a su pueblo, mientras Borrow en dirección opuesta, seguiría su ruta hacia Gijón.

La etapa debió desarrollarse sin complicaciones y sin nada digno de contar, ni siquiera de Avilés, la primera ciudad importante en el camino de Borrow, después de dejar Muros, y cuyo nombre por errónea transcripción figurará como *Vélez*. Aquí muy posiblemente Borrow pararía, aunque brevemente, en la entonces famosa *Posada de la Marina*. Y de Avilés, siguiendo nuestra reconstrucción, el mismo 26 de septiembre podría llegar a Gijón, donde pernoctaría, tomando la diligencia al día siguiente, desde dicha ciudad a Oviedo, en tanto que su criado Antonio cumplía dicha etapa a caballo.

(15) Durante su tránsito por Galicia y al llegar a Finisterre (Cf. Cp. XXX, de *The Bible of Spain*), Borrow, sería confundido nada menos que con el Pretendiente y su deforme guía, un marinero macrocéfalo, con el Infante Don Sebastián.

EN OVIEDO

Quizá interese reconstruir o tratar aquí la primera impresión que va a ofrecer a Borrow, tras cubrir el corto trayecto que separa a Gijón de Oviedo, la capital de las Asturias. Cedámosle pues la palabra:

Oviedo está a tres leguas de Gijón. Antonio fue en el caballo y yo en una especie de diligencia que hace el servicio diario entre las dos poblaciones. El camino es bueno, pero montuoso. Llegué sin novedad a la capital de las Asturias, aunque en época más bien desfavorable, porque hasta las puertas de la ciudad llegaba el estruendo de la guerra y se oía «la exhortación de los capitanes y la gritería del ejército». Por la fecha a que me refiero, Castilla estaba en manos de los carlistas, que habían tomado y saqueado Valladolid, como habían hecho poco antes con Segovia. Se esperaba verlos marchar contra Oviedo de un día para otro; pero no hubieran dejado de encontrar resistencia, porque contaba la ciudad con una guarnición considerable que había erigido algunos reductos y fortificado varios conventos, especialmente en el de Santa Clara de la Vega. Todos los ánimos se hallaban en un estado de ansiedad febril, muy especialmente por no recibirse noticias de Madrid, que, según los últimos informes, estaba en poder de las partidas de Cabrera y de Palillos.

Párrafo éste que nos da cierta idea, sobre la situación, aunque muy exagerada, de la capital del Principado, al extenderse al mismo, desde el pasado año, la guerra civil entre *carlistas* y *crístinos* a raíz de que penetrase en Asturias por Unquera el jefe carlista Sanz, al frente de una columna de 1.500 hombres, atravesando rápidamente con su columna toda la provincia hasta Leitariegos y pasar a León, para retornar a la misma ocupando Mieres, Sama y Pola de Siero. El 19 de octubre, sus vanguardias habían llegado a Oviedo y efectuaban un tiroteo de distracción en los mesones de Puerta Nueva, llegando su caballería a apoderarse momentáneamente del Campo de San Francisco e incluso las manzanas próximas a la Plaza de Porlier. Por lo que sabemos, ambos bandos



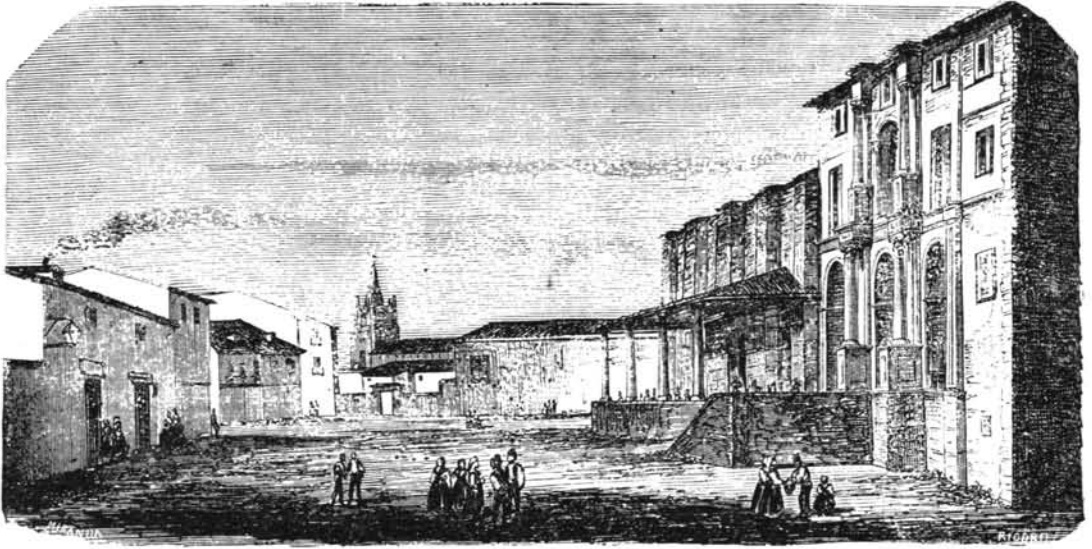
Vista del Oviedo que conoció Borrow en 1837.

sólo se limitaron a «salvar la cara», pues sólo hubo unas seis bajas, de las que se conocen los nombres de dos del bando gubernamental (liberal) por alguna canción popular:

En la Puerta Nueva
 junto a los mesones
 allí perecieron
 Canella y Quiñones
 bravos campeones
 de la libertad.

Tras este amago de ocupación no había pasado nada, dado que la posible «Quinta Columna», existente en la ciudad, —recordando el drástico fin en cadalso y por ejecución pública, del bachiller Alejandro Rocés Lamuño—, no se había atrevido en la medida esperada por los jefes carlistas a alzarse contra las fuerzas de la Reina Gobernadora que dominaba en Oviedo, y cuyas tropas, como nos dice Borrow, al parecer, habían hecho cuartel el Convento de Santa Clara (cuya bella fachada se conserva aún, pese a las injurias del tiempo, en un lienzo del actual edificio de la Delegación de Hacienda). Sanz reba-

saría pues, nuevamente Oviedo, marchando hacia Gijón, que tomaría el 22 de octubre, ocupando al día siguiente Avilés, para abandonarlo cruzando el Nalón por Bejar, volviendo de nuevo a León y penetrar, una vez más, en Asturias por Caso



Vista del Convento de Sta. Clara (Oviedo) hacia 1837 cuando G. Borrow viaja por Asturias.

el 5 de noviembre. No obstante optaría por abandonar definitivamente el Principado, aún cuando éste seguirá conociendo hasta 1839 la acción subversiva de varias guerrillas, sobre todo, en la parte occidental, y cuyos excesos, conocidos en Oviedo, causarían alguna preocupación a la población civil, que pronto, sin embargo, fue acomodándose a los nuevos tiempos liberales.

VISITAS Y CONTACTOS EN OVIEDO: EL LIBRERO LONGORIA Y DON RAMON ALVAREZ VALDES

Ya en la capital del Principado, Borrow se alojó en una posada o casa de huéspedes que existía en la Rúa, en un edificio contiguo al Palacio del Marqués de Santa Cruz de Mar-

cenado. Desconocemos exactamente los días que permaneció en la ciudad, aunque confiando en nuestra reconstrucción podemos afirmar que no fue mucho más de una semana. No obstante, tuvo tiempo en conocer a sus gentes e incluso establecer contactos con personajes populares, de los que nos ha dejado dos nombres: el librero Longoria y «Don Ramón Valdés». Del primero, al lograr claramente identificarle entre los varios libreros de tal nombre, afincados en Oviedo, tras servirnos de la paciente investigación de nuestro admirado amigo el bibliófilo ovetense don Juan Fernández de la Llana Granda (Juan Santana), podemos decir, que, muy posiblemente se trataba de Nicolás Longoria, hermano de Gabriel Longoria e hijo de Francisco García Longoria, establecido por lo que sabemos, por lo menos desde 1833, en el número 4 de la calle de la Herrería, al lado justo del Arco de la Soledad, conservándose aún en pie el inmueble que albergó la librería, por lo que puede saberse de su pequeña cabida (de aquí que Borrow hable de «pequeño librero de la ciudad»), lo que no era óbice para que contase con muy selecta clientela y pudiera expender libros de gran importancia, como pueden ser las obras hacendísticas de Don José Canga Argüelles, los tomos de Don José Muñoz Maldonado sobre la historia de la guerra de la Independencia, y tantos otros, admitiendo asimismo suscripciones a diversas revistas y periódicos de la Corte. Nicolás Longoria, trasladaría en 1845 su establecimiento a la plaza de la Constitución, por lo que cuando se hizo cargo del «fardo de cuarenta Testamentos» que le trajo Borrow, se encontraba necesariamente en su parvo establecimiento de la Calle de la Herrería.

Por lo que se refiere a «Don Ramón Valdés», veamos ante todo lo que nos dice el mismo Borrow:

En La Coruña me habían dado una carta de recomendación para un comerciante de Oviedo, el cual me recibió con gran cortesía y dedicó por lo general, un rato todos los días a enseñarme las cosas notables de Oviedo. Una mañana me dijo:

—Usted habrá oído, sin duda, hablar de Feijoo, el famoso filósofo benedictino, cuyos escritos han contribuido

mucho a disipar las supersticiones y los errores populares, tanto tiempo acreditados en España; está enterrado en uno de los conventos de Oviedo, donde pasó gran parte de su vida. Venga usted conmigo y le enseñaré su retrato. Nuestro gran Rey Carlos III envió desde Madrid a su pintor para que lo hiciera. Ahora pertenece a mi amigo el abogado Don Ramón Valdés.

Fuimos a casa de Don Ramón Valdés, quien muy cortesmente me enseñó el retrato de Feijoo, de forma circular, como de un pie de diámetro, rodeado de un pequeño bastidor de cobre, algo así como el borde de una bacía de barbero. Tenía el semblante ancho y grueso, pero correcto; arqueadas las cejas, los ojos vivos y penetrantes, la nariz aguileña. Llevaba en la cabeza un gorro de seda; el cuello de la túnica apenas llegaba a verse. Era, sin duda, un cuadro bueno, y me llamó mucho la atención, como uno de los mejores ejemplares del moderno arte español que había visto hasta entonces.

Comentemos este párrafo que nos pone en contacto no sólo con «Don Ramón Valdés», sino incluso con esa gloria patria que es el célebre polígrafo Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764) cuya labor desde el Convento de San Vicente nos es bien conocida y no necesita aquí comentario alguno. Diremos sin embargo que el tal «Don Ramón Valdés» es a nuestro juicio Don Ramón Álvarez Valdés (1787-1858), conocido jurisconsulto, autor del célebre libro *Memorias del levantamiento de Asturias de 1808*, que, años atrás, había sufrido persecución y encarcelamiento por parte de los sañudos fernandinos. Ahora, cuando le conoce Borrow, vive, tras el derrocamiento del absolutismo años de tranquilidad y prestigio que le llevan a ser Decano del Colegio de Abogados de Oviedo, Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y al nombramiento de Catedrático de Economía Política en la Universidad.

Es, indudablemente, a este personaje local al que visita Borrow y le enseñaría un retrato de Feijoo y de su propiedad, hecho quizás con destino a servir de modelo de la Iconografía Nacional, el mismo retrato que ha podido llegar hasta

nosotros en un bellissimo grabado. Borrow, sin embargo muy parco aquí no nos dice nada más de su anfitrión.

LA HUESTIA LETRADA

Consideración aparte merece un episodio un tanto curioso, que nos registra nuestro inglés con cierta ingenuidad. Tendría lugar cierta noche en su alojamiento ovetense. Muy posiblemente no supo discernir su auténtico alcance, quizá por ser nuestro hombre en muchas de sus cosas y apreciaciones insensible a los destellos del humor hispano, convirtiéndole en lo que los gitanos andaluces quizá denominarían «un señorito *esaborío*». Pero dejemos al mismo Borrow que nos lo cuente:

Sucedió, pues, que una noche me encontraba yo en la antigua ciudad de Oviedo, en un apartado aposento, grande y mal amueblado, de una antigua *posada*, que fue en otros tiempos palacio de los condes de Santa Cruz. Eran más de las diez y llovía a mares. De pronto, conforme estaba yo escribiendo, me detuve al oír el ruido de numerosas pisadas en la crujiente escalera que conducía a mi cuarto. La puerta se abrió de súbito y entraron nueve hombres de elevada estatura, al mando de un personaje pequeñuelo y chepudo. Todos iban embozados en amplias capas españolas, pero al instante conocí en su porte que eran *caballeros*. Colocáronse en fila delante de la mesa en que yo escribía. De repente, se desembozaron todos a un tiempo y vi que cada uno llevaba un libro en la mano, libro que yo conocía muy bien. Después de una pausa que no fue capaz de romper, porque estaba atónito de asombro, y casi me imaginaba que tenía delante una aparición, el chepudo avanzó un poco y con voz suave y argentina dijo «*Señor caballero ¿ha sido usted quien ha traído este libro a las Asturias?*» Me figuré que aquellos señores eran las autoridades civiles de la población que venían a arrestarme, y, poniéndome en pie, repuse: «Si, por cierto: yo he sido, y es una gloria para mí haberlo hecho. El libro es el Nuevo Testamento de Dios; quisiera poder traer un millón».

—Y yo también lo deseo de corazón —dijo el hombrecillo con un suspiro—. No tema usted nada, señor caballero; estos señores son amigos míos. Acabamos de comprar estos libros en la tienda donde usted los ha entregado para su venta, y nos hemos tomado la libertad de visitarle para darle las gracias por el tesoro que nos ha traído. Espero que podrá proveernos también del Viejo Testamento.

Respondí que sentía mucho decirles que por el momento me era completamente imposible complacerles; pero que no perdía la esperanza de procurarme en breve algunos, trayéndolos de Inglaterra.

Me hizo después muchas preguntas acerca de mis viajes de propaganda por España, de sus resultados y de las miras que la Sociedad Bíblica tenía respecto de este país; esperaba que nuestra sociedad dedicase atención especial a Asturias, el terreno más favorable, a su parecer, para nuestros trabajos, de toda la Península. Después de media hora de conversación, el chepudo me dijo de súbito en inglés: «Buenas noches, señor», y, embozándose en la capa, se fue como había venido. Sus compañeros, que hasta entonces, no habían pronunciado una palabra, repitieron todos: «Señor, buenas noches», y, envolviéndose en las capas, le siguieron.

Para explicar esta escena extraña, he de decir que por la mañana había visitado yo al pequeño librero de la ciudad, Longoria, y, de acuerdo con él, le envié por la tarde un fardo de cuarenta Testamentos, todo lo que me quedaba, con unos cuantos carteles. El librero me aseguró que, si bien se encargaba de la venta muy gustoso, no había esperanzas de buen éxito, porque llevaba ya un mes sin vender un solo libro de ninguna clase, debido a lo revuelto de los tiempos y a la pobreza reinante en el país; estas noticias me desanimaron mucho. Pero la visita nocturna me advirtió que no debe abatirse uno cuando las cosas presentan un aspecto muy sombrío, porque entonces es cuando la mano del Señor interviene, por lo general, con mayor actividad, para que los hombres aprendan a

conocer que cuanto de bueno se realiza no es obra suya, sino de El.

Párrafo éste en el que junto a la aventura nocturna que enseguida intentaremos explicar, Borrow se explaya contándonos su toma de contacto con Longoria. Ante todo y sobre aquélla, está claro que su significado y sentido no fue captado por nuestro inglés, ni siquiera la idea por parte de algunos asturianos de buen humor, posiblemente amigos del mismo Longoria, miembros quizá de la llamada Compañía de los Literatos, artífices de publicaciones un tanto satíricas como *El momo*, *El ciudadano Canta-Claro*, etc., quienes intentaron gastar una broma a nuestro hombre, personificando en su misma habitación del hotel o casa de huéspedes la famosa *güestia* o huestia, sobradamente conocida y temida en las Asturias donde también era denominada bien o mal, *estantigua*. Tal simulacro en realidad viene a ser una especie de procesión nocturna de fantasmas o almas en pena, real o imaginada que llena de terror, aún hoy, a todas las gentes supersticiosas del N. W. hispánico. La forma solemne como se personaron, sin apenas pronunciar palabra, amén de la dirección del personaje «pequeño y chepudo» que capitaneaba al noctámbulo cortejo, y que hubiera ocasionado a un nativo, o a otro que no hubiera sido Borrow, un enorme susto, nos hace suponer dicha broma. Pero al parecer, al no inmutarse nuestro flemático inglés ante la solemne visita ni saber «de que iba», posiblemente dejó desconcertados a aquellos que la habían maquinado, quienes tras la farsa pondrían los Testamentos de Borrow a buen recaudo, si es que no los quemaron, por lo que las ilusiones que se hace Borrow más tarde de que hayan podido venderse muy rápidamente gran parte de los cuarenta ejemplares que ha dejado en el establecimiento de Longoria, y con ello ha contribuido a la difusión de la Biblia en Asturias, quizá carecen totalmente de base. Podría inferirse de todo esto, sin embargo, que Longoria pudo prestar los ejemplares para la nocturna broma. Un hecho significativo es que el cabecilla y los participantes en la misma se despidieron hablando en inglés, lo que quizá pudiera demostrar que Borrow se encontró ante gentes de cierta cultura.

REENCUENTRO EN OVIEDO CON BENEDICTO MOLL

Recapitulando los recuerdos de su estancia en Oviedo, Borrow nos hablará asimismo de su reencuentro con un antiguo conocido de Madrid, y vuelto a encontrar en Santiago de Compostela, el suizo Benedicto Moll, hombre al que en su momento y en un capítulo anterior al que estamos analizando fue objeto de una singular semblanza. Al parecer, Moll estaba obsesionado por el descubrimiento en Galicia de un fabuloso tesoro, para cuyo hallazgo pretendía tener la clave. Ello le trajo desventuras sin cuento en Santiago, y Moll recuerda sus tribulaciones: una pelea con un canónigo que tras vapulearle le amenazaría con meterle en la cárcel por ladrón y hereje y algunas desventuras más. Así, como yendo desde Santiago a La Coruña el suizo será asaltado por una partida carlista, que al notar que era extranjero le dejaría seguir indemne su camino. También recuerda Borrow cómo Moll intentara para subsistir, vivir de la caridad de las gentes, arguyendo ser peregrino de Santiago, que regresaba a su patria, y como el suizo nota desolado cómo «gallegos y asturianos se reían de Santiago», notando que «el nombre del santo no era ya un talismán en España». Al encontrarse con Borrow en Oviedo no tiene un cuarto, por lo que el inglés compadecido le pagará el alojamiento y le regalará unos pocos duros, para que fuera tirando, pese a no estar muy convencido, como se infiere de una conversación con su criado Antonio. Sigamos aquí textualmente a Borrow:

Benedicto es un hombre extraño —me dijo Antonio a la mañana siguiente cuando acompañados por un guía salimos de Oviedo—. Es un hombre extraño, *mon maître*, el tal Benedicto. Ha llevado una vida extraña y le espera una muerte extraña: lo lleva escrito en el rostro. No creo que se marche de España, y si se marcha, será para volver, porque está embrujado con el tesoro. Anoche envió a buscar una *sorcière* (*sic* en el original) y delante de mí la consultó. Le dijo que estaba destinado a encontrar el tesoro, pero antes tenía que cruzar agua ¹⁶. Le puso en guar-

(16) *Sic* en la traducción de M. Azaña.

dia contra un enemigo que Benedicto supone que será el canónigo de Santiago. He oído hablar mucho del ansia de dinero de los suizos; este hombre es una prueba. Por todos los tesoros de España no sufriría yo, lo que Benedicto ha sufrido en estos últimos viajes.

Leemos atentamente el párrafo. Ante todo hay algo que nos llama la atención: «cruzar agua», es decir *pasar el agua*. Hemos aquí una superstición, aún entonces, de gran extensión en toda Europa, y que al parecer, compartía el mismo Antonio, fámulo de Borrow. Extraño rito éste, al que de acuerdo con la ortodoxia brujeril habría de someterse todo ser vivo —persona o animal— *argüeyau*, como se expresan los mismos asturianos en bable, es decir, que sufren el «mal de ojo», aojamiento o *jettatura*, por culpa de la malquerencia de alguien. Para librarse del aojamiento era práctica corriente en el siglo XIX portar encima amuletos apotropaicos, por su forma o sustancia.

En lo que se refiere a Moll, la malquerencia en cuestión, procedía del canónigo con quien se había peleado en Compostela y del que se habla en capítulos anteriores de *The Bible of Spain*. Malquerencia que le había dañado» por lo que le era necesario «pasar el agua». En Asturias, tal rito era cosa de brujas. Reclamado el uxilio de alguna, ésta vertía agua mezclada con aceite, de manera que produjera «ojos», desde un recipiente normal a un *alicornio* o colodro de asta de cáprido o toro, a la vez que recitaba ciertos conjuros. En defecto de tal ceremonial, se suplía *pasando el agua* a una vasija en la que se había introducido un pequeño disco horadado, que venía a provocar las deseadas burbujas en el agua, que, inmediatamente era ingerida por la persona hechizada, quien tras el absurdo ceremonial quedaba sana y desembarazada del maleficio.

No obstante, fijándonos detenidamente en la figura de Benedicto Moll y lo que de él se cuenta en ésta y otras partes del relato de Borrow, vemos en la misma, algo así como una «vida mágica», —si se nos permite una expresión de Julio Caro Baroja. Pues Benedicto, nos recuerda mucho a un personaje

de una historia jasídica glosada por Heinroch Zimmer, recordada por Mircea Heliade¹⁷, que nos puede servir de punto de partida para comprender, cómo la noticia de tesoros ocultos puede influir en el *ethos* de las personas, de la misma forma que influiría en Moll, de tristes destinos.

PARTIDA DE OVIEDO. VILLAVICIOSA

Llegaría el día de la partida de Oviedo y que según nuestros cálculos fue un 5 de octubre. El caso es que el capítulo XXXIII de *The Bible in Spain* se nos cierra con el «desencantamiento del suizo» narrado a Borrow por su criado, saliendo de Oviedo y se inicia el siguiente, contándonos el inglés, ya en camino, las prevenciones que le merecía el guía que habían contratado al reanudar el viaje y en dos o tres etapas llegar a Santander. A este respecto, Borrow nos ha-

(17) Cf. M. ELIADE, *Mitos, sueños y misterios*, Buenos Aires, 1961, págs. 72 y ss.: El devoto rabino Eisik de Cracovia, tuvo por tres veces un sueño que le ordenaba ir a Praga, en donde, junto a un puente de la ciudadela encontraría un tesoro oculto. El rabino marcharía en su busca, pero al encontrar al puente guardado, sus visiteos y merodeos despertaron las sospechas del capitán jefe de la guardia, que preguntaría al rabino la razón de los mismos. Este le contó el sueño que había tenido, provocando la hilaridad del oficial: «Realmente, desgraciado, ¿has gastado tus botas para recorrer todo este camino por un simple sueño? ¿Quién en su sano juicio creería en un sueño?». El mismo oficial le contará entonces que él también ha tenido sueños en el que una voz «me hablaba de Cracovia, me ordenaba ir allí para buscar un gran tesoro en la casa de un rabino cuyo nombre era Eisik, hijo de Jekel, el tesoro debía ser descubierto en un rincón polvoriento donde se hallaba enterrado tras la estufa». Retornó el rabino a Cracovia, cavó donde le había indicado el oficial checo y descubrió el tesoro que puso fin a su proleza.

Historia moralizante ésta que quizá no conoció Borrow si tenemos en cuenta su propia vida: la verdadera riqueza, el verdadero tesoro interior nuestro es algo que tenemos próximo, pero únicamente un verdadero rito de autoconocimiento, un verdadero rito de iniciación que nos lleve por caminos lejanos y que nos enfrente con gentes de otra raza y de otra religión, es capaz de devolvernos nuestra propia interioridad...

Volviendo concretamente a la cuestión de los «tesoros ocultos» que puedan hallarse en el NO. hispánico y principalmente en Galicia y Asturias, podríamos recordar muy curiosa bibliografía, a partir de las observaciones del inolvidable etnógrafo gallego V. RIESGO, en relación con la creencia en libros, gacetas y guías populares que permitían encontrar a los mismos. Así el llamado «Ciprianillo» o «Libro de San Cipriano». Sobre el particular, habremos no obstante, de remitir a recientes trabajos de JOSE MARIA GONZALEZ REBOREDO, en Galicia y PERFECTO RODRIGUEZ FERNANDEZ, en Asturias, autores a los que debemos muy curiosas aportaciones. Por otro lado es ya clásico la célebre alusión que hizo a tales tesoros («ayalgas» serán llamados en Asturias, del castellano *hallazgas*), de Fray B. J. FEIJOO (cf. *Cartas Eruditas y Curiosas*, t. III, cap. II-3-6).

rá unas curiosas disquisiciones sobre la mejor forma de tratar a guías y muleros, tal como su experiencia le ha dictado en sus viajes por España. Ya entrada la tarde nos habla de su llegada a Villaviciosa:

Entrada la tarde llegamos a Villaviciosa, ciudad pequeña y sucia a ocho leguas de Oviedo, al borde de una ensenada que comunica con el Golfo de Vizcaya. Suele llamarse a Villaviciosa *la capital de las avellanas*, por la inmensa cantidad de ese fruto que se cosecha en su término; la mayor parte se exporta a Inglaterra. Al acercarnos al pueblo, dábamos alcance a numerosos carros de avellanas que llevaban la misma dirección que nosotros. Me dijeron que en la rada había anclados algunos barcos ingleses. Por extraño que parezca, y a pesar de hallarnos en la *capital de las avellanas*, nos fue muy difícil procurarnos un puñado de ellas para postre, y más de la mitad de las que nos dieron estaban huera. Los de la posada nos dijeron que como las avellanas eran para la exportación, no se les ocurría siquiera comerlas ni ofrecérselas a sus huéspedes.

Curiosa parrafada ésta que nos enfrenta ante un hecho económico de cierta trascendencia y cuya consideración habremos de dejar en mano de los especialistas: la exportación tradicional de la avellana astur a distintos mercados extranjeros. Exportación en la que, por cierto, actualmente (1975), España está considerada uno de los primeros productores del mundo, siendo seguido de cerca por Turquía e Italia. Quizá cabría decir asimismo que hasta la Guerra Civil (1936-1969), la avellana fue prácticamente una de las riquezas naturales de Asturias de mayor contingentación en el mercado exterior, exportándose sobre todo a través de los puertos de El Musel (Gijón), Ribadesella y San Esteban de Pravia. A primeros de octubre de 1837, cuando Borrow llega a Villaviciosa, se encontraría pues, en su puerto, con la afluencia de avellanas de diversos concejos asturianos, y destinada a la exportación. Según noticias barajadas por nosotros, en aquel momento el embarque de avellana que conocía Villaviciosa no difería mucho del que era escenario Gijón, Avilés, Luarca e incluso Ri-

badesella. Casi todos los embarques se hacían con destino a Londres, dado el hecho de que los ingleses hayan sido tradicionalmente los consumidores de dicho producto que, hoy, por lo que sabemos, no es exportado por vía marítima, sino más bien comercializado a través de enlaces ferroviarios, que llevan la mercancía a Reus (Tarragona), dando origen al bien conocido rótulo que vemos en muchos vagones de mercancías «Espina-redo-Reus-Londres».

*EN COLUNGA. LA TRISTE HISTORIA
DE JOSE MARIA ESCANDON*

Desde Villaviciosa, al día siguiente (6 de octubre) nuestros viajeros pasarían a Colunga, villa marinera que se les ofreció en toda su belleza paisajística. El pueblo a decir de Borrow era famoso por ser la cuna de Argüelles, padre de la Constitución española». Afirmación ésta, que nos ha hecho pensar en un posible *lapsus* de Borrow, al intentar identificar dicha villa por el lugar natal de Don Agustín Argüelles, quien, como sabemos, redactaría con Muñoz Torrero y Calatrava, la Constitución de 1812. Sin embargo, es necesario decir, que en realidad Don Agustín Argüelles no había nacido en Colunga, sino en Ribadesella, concretamente en 1736, lo que nos hace pensar que Borrow confunde a «Argüelles el Divino» con otro Argüelles, Don José Joaquín Argüelles Rivero, que fue Gobernador Militar y comandante de Alarma en Colunga durante las guerras napoleónicas, defendiendo a la Villa frente a las tropas del general Bonet, con la ayuda del célebre guerrillero astur Escandón, al que habremos de referirnos al glosar, el encuentro que, al parecer, tendría Antonio el criado griego de Borrow en la misma *posada* (sic) de Colunga con un misterioso caballero, cuya triste historia le relataría el parlanchín fámulo a su curioso amo. Un tanto prólija y larga, por lo que dejaremos la plaza al mismo Borrow transcribiéndole:

Al desmontar a la puerta de la *posada*, donde pensábamos reparar las fuerzas, una persona, asomada a una ventana del piso alto, lanzó una exclamación y desapareció. Estábamos todavía en la puerta, cuando el mismo

individuo llegó corriendo y se arrojó al cuello de Antonio. Era un joven bien parecido, de unos veinticinco años, vestido con elegancia, y tocado con una gorra de *montero*. Antonio, después de mirarle un momento, exclamó: «*Ah, monsieur, est ce bien vous?*», y le dio un afectuoso apretón de manos. El desconocido le hizo señas de que le siguiera, y en acto se fueron los dos al aposento de encima.

Preguntándome lo que podría significar aquello, me senté a almorzar. Pasó una hora y Antonio no volvía. Por entre las tablas que formaban el techo de la cocina, oía yo su voz y la de su amigo, y me parecía oír a veces sollozos entrecortados y gemidos. Hubo después un largo silencio. Ya empezaba a impacientarme e iba a llamar a Antonio, cuando el hombre se presentó; pero no le acompañaba el desconocido.

—Sepamos, por todas las extravagancias de este mundo —pregunté— ¿qué ha estado usted haciendo por ahí? ¿Quién es ese hombre?

—*Mon maître* —dijo Antonio—, *c'est un monsieur de ma connaissance*. Con su permiso, voy a tomar un bocado, y por el camino le contaré a usted lo que sé de él.

—*Monseur* —dijo Antonio cuando cabalgábamos ya fuera de Colunga—, está usted impaciente por saber la historia de ese caballero a quien ha visto usted abrazarme en la posada. Sepa usted, *mon maître*, que estas guerras de carlistas y cristinos han causado muchas miserias y desventuras en este país; pero no creo que haya en toda España persona tan plenamente desdichada como ese pobre y joven caballero de la posada; todas sus desventuras provienen del espíritu de partido y de facción que en estos últimos tiempos prevalecía tanto.

«*Mon maître*, como le he dicho a usted repetidas veces, he vivido en muchas casas y servido a muchos amos; sucedió que hará unos diez años entré a servir al padre de ese caballero, muy niño entonces. La familia estaba en muy buena posición; el padre era general del ejército y bastante rico. Constituían la familia el padre, su señora y

dos hijos; el más joven es el que usted ha visto; el otro le llevaba unos cuantos años. *¡Par Dieu!* En aquella casa lo pasé muy bien, todos los individuos de la familia me trataban con bondad. De muchas casas me han despedido; pero de aquella, no; cosa notable. Las tres veces que me salí fue por mi libre voluntad. Me enfadaba con los otros criados, o con el perro o el gato. La última vez me fui por culpa de una codorniz colgada en la ventana de *madame*, y que me despertaba todas las mañanas con su canto. *Eh bien, mon maître*, así corrieron las cosas durante los tres años que, con tales alternativas, estuve al servicio de la familia; al cabo de ese tiempo, decidieron que el señorito más joven se fuese a viajar, y se pensó que yo le acompañase como criado. Tenía yo muy buenas ganas de irme con él; más, *par malheur*, me encontraba por aquellos días muy disgustado con *madame*, su madre, por causa de la codorniz, e insistí en que antes de acompañar al señorito matarían al pájaro y lo echarían al puchero. *Madame* se negó a esto de modo terminante; y hasta el pobre señorito, que siempre se había puesto de mi parte en tales ocasiones, dijo que eso era una extravagancia; me fui de la casa muy amoscado, y no volví más.

«*Eh bien, mon maître*, el señorito se fue a viajar y estuvo fuera varios años; desde su partida hasta que le he encontrado en Colunga, no había vuelto a verle ni oído hablar de él; pero sí tenía noticias de su familia: de *monsieur* su padre; de *madame*, su madre, y de su hermano, oficial de caballería. Poco antes de la guerra civil, o sea antes de morir Fernando VII, *monsieur* padre de este joven, fue nombrado capitán general de La Coruña. Aunque muy buen amo, *monsieur* era bastante orgulloso, amigo de la disciplina, de la obediencia y de todas esas cosas. Además, no era amigo del populacho, de la *canaille*, y profesaba singular aversión a los nacionales. Por esto, al morir Fernando, se susurraba en La Coruña que el general no era liberal, y que era más amigo de Carlos que de Cristina. *Eh bien*: aconteció que un día se celebraba en la bahía una gran *fête* en la que tomaban parte los soldados y los nacionales; yo no sé cómo sucedió; el caso es que hubo una

émeute, y los nacionales echaron mano a *monsieur*, el general, le ataron una cuerda al cuello, le zambulleron en el agua desde la falúa en que iba, y lo llevaron a remolque hasta que se ahogó. Entonces fueron a su casa, la saquearon, y maltrataron de tal modo a *madame*, que por entonces estaba *enceinte*, que a las pocas horas expiró.

«Le digo a usted, *mon maître*, aunque le cueste trabajo creerlo, que al saber la desgracia de *madame* y del general, lloré por ellos, y sentí haberme despedido de la casa airadamente, por causa de la maldita codorniz.

«*Eh bien, mon maître, nous poursuivrons notre histoire.* El hijo mayor, oficial de caballería, como le he dicho, y hombre enérgico, en cuanto supo la muerte de sus padres juró vengarse. ¡Pobre infeliz! No se le ocurrió más que desertar con dos o tres camaradas descontentos, y, metiéndose en Galicia, levantaron una pequeña facción y proclamaron a don Carlos. Por un poco de tiempo hicieron mucho daño a los liberales, quemando y arrasando sus propiedades, y dieron muerte a varios nacionales que cayeron en sus manos. Pero esto duró poco; su facción fue dispersada y el jefe preso y ahorcado, y su cabeza clavada en un palo.

«*Nous sommes déjà presque au bout.* Cuando llegamos a la posada, el joven me llevó a su cuarto, como usted vio, y durante un buen rato las lágrimas y los sollozos no le dejaron hablar. Su historia se cuenta en dos palabras: volvió de su viaje, y la primera noticia que le aguardaba a su regreso era que habían ahogado a su padre, asesinado a su madre y ahorcado a su hermano, y que, además, todos los bienes de la familia estaban confiscados. Y no era eso todo: donde quiera que iba le miraban como faccioso, y los nacionales le apaleaban. Acudió a sus parientes, y algunos, del bando carlista, le aconsejaron que se alistara en el ejército de don Carlos, y el mismo Pretendiente, que fue amigo de su padre, le ofreció un empleo en su ejército. Pero, *mon maître*, como le dije a usted antes, se trata de un joven pacífico, manso como un cordero, que aborrece el derramamiento de sangre. Además, no era de ideas car-

listas, porque durante sus estudios había leído libros escritos en tiempos antiguos por algunos compatriotas míos, donde no se habla más que de repúblicas, de libertades y de derechos del hombre, de suerte que se inclinaba más al sistema liberal que al de don Carlos; declinó, por tanto, la oferta de don Carlos, y todos sus parientes le abandonaron, mientras los liberales le acosaban de pueblo en pueblo como a bestia salvaje. Al fin, vendió unas tierrecillas que le quedaban, y con el producto se retiró a Colunga, donde nadie le conoce; aquí lleva hace varios meses una vida muy triste; la lectura de dos o tres libros y correr de vez en cuando una liebre con su perro son todas sus distracciones. Me pidió consejo, pero no pude darle ninguno y no hice más que llorar con él. Al cabo, dijo «Querido Antonio, para mí no hay más remedio, ya lo veo. Dices que tu amo está abajo; ruégale de mi parte que se espere hasta mañana; mandaremos llamar a las muchachas del pueblo, buscaremos un violín y una gaita, y bailaremos para olvidar nuestros cuidados un momento». Entonces me dijo unas palabras en griego viejo; apenas las entendí, pero creo que significan algo así como: «Bebamos y comamos y alegrémonos, que mañana moriremos».

Extraña historia ésta, que una vez más nos enfrenta ante la extraordinaria capacidad de fabulación de Borrow, haciendo relatar a su criado una serie de hechos, cuya historicidad queda demostrada, aunque no quepa tener seguridad de que Borrow llegase a conocerlos, por contacto o conocimiento de sus más directos protagonistas. Hábilmente pues, Borrow inmiscuirá a su criado en el relato, haciéndole responsable de su relación. Así vemos cómo Antonio ha tenido ocasión de servir años atrás y durante tres años a una familia acomodada, la de un general y su esposa con dos hijos, asegurándonos que el menor de ellos era precisamente con el que Antonio había topado en la posada de Colunga.

Ahora bien; se nos cuenta también cómo una extravagancia de su parte, que parece arrancada de alguna *novelle* renacentista la causa por la que el fámulo dejó el servicio y la casa, perdiendo su contacto con dicha familia, de triste destino,

ya que el general, partidario del Pretendiente don Carlos, sería malamente muerto por las Milicias Nacionales, pese a lo que había hecho por la patria y sus muestras de valor en la Francesada. Se nos cuenta también cómo la mujer moriría de la dolorosa impresión y cómo a los hijos no les quedaría otro recurso ante la maldición que ha caído sobre su familia de unirse a los carlistas, que se han levantado en Galicia. También se nos cuenta cómo la suerte de ambos jóvenes será distinta. Cómo el mayor caerá preso de los cristianos y sería ahorcado y el más joven podría salvar su vida, encontrándose escondido en la costa asturiana esperando que llegasen tiempos mejores.

¿Fantasía? ¿realidad? En pura lógica y conociendo ya un tanto la estructura narrativa del relato de Barrow, cabe suponer que éste conoció la historia, y buscó la forma más adecuada de intercalarla en la narración de su viaje a Asturias, achacando a su criado una relación que en realidad no se puede probar, aunque sí sepamos que Antonio años después, volverá a servir en conocidas familias de la corte (por ejemplo la de Narvaez), por cierta carta muy tardía de Ford (que lo sabe por don Pascual Gayangos) a Borrow. Encontramos en el relato ciertas contradicciones, al hablársenos de dos hermanos, cuando sabemos de tres, hecho que necesariamente no podía desconocer Antonio. De todas formas, queda clara la identificación de la personalidad de aquel caballero, verdadero «rigor de las desdichas» y que hasta la fecha que sepamos no había sido hecha por nadie. Pues, tras diversas indagaciones surge ante nuestros ojos, cada vez más perfilada, la figura de José María Escandón y Lué (1808-1869), como el presunto interlocutor de Antonio durante el paso de éste con su amo por la villa de Colunga, que coincidiría con una de sus visitas «de incógnito» al Principado. Este José María Escandón era hijo de Rafael Escandón y Antayo, coronel del Regimiento de Cangas de Onís a las órdenes de Porlier, héroe del sitio de Zaragoza y de la Guerra de la Independencia y que tras el retorno de Fernando VII pasaría a mandar el llamado Regimiento de las Ordenes Militares (1815). Al militar en distinta ideología se enfrentará con su antiguo superior y jefe, el General Porlier, llegando a figurar incluido en el Consejo de Guerra que con-

denó al desdichado «Marquesito». Sin embargo, tras la reacción liberal, al pronunciarse contra ella, sería condenado a muerte en Oviedo, siendo trasladado en 1823 a La Coruña, donde el exaltado liberal Francisco Méndez Vigo (1806-1891), antes de entregar la plaza a las fuerzas realistas decidiría deshacerse de él y de otros condenados políticos, arrojándole al mar, vengando así la muerte de Porlier.

La contrarrevolución absolutista, hizo héroe de la causa al General Escandón, llegando incluso en Oviedo a celebrarse por el mismo y en el Monasterio de San Vicente, solemnes exequias, hasta que la vuelta al poder de los liberales, volvió a poner en entredicho la estirpe de Escandón, más, al figurar el hijo mayor de Rafael Escandón, el Capitán Benito Escandón y Lué, entre los militares que desde Siero organizaron la revuelta carlista de Asturias, y en la que se significaría junto a su hermano Juan, quien capturado por los liberales le condenarían a la picota, mientras que un tercer hermano, José María, y al que Borrow nos hace interlocutor de su criado en Colunga, tuvo que contemplar impotente como se desmoronaba su casa, primero en el destierro, y después, ya olvidada en Asturias, la que fue llamada *Escandonada*, malviviendo los últimos años de su vida en la Corte.

Aunque nos inspira cierta desconfianza la verosimilitud del relato de nuestro inglés, hay empero un hecho que nos hace considerarle como plausible y éste es que al final de su entrevista el caballero se despedirá de Antonio recitándole una especie de *anacreóntica* («bebamos y comamos y alegrémonos que mañana moriremos») en griego clásico, cosa que, a nuestro juicio, sólo pudo hacer alguien como José María bien impuesto en estudios clásicos y arqueológicos, como podría demostrar años más tarde en conocidos trabajos de interés epigráfico, referidos al Monasterio de Cangas de Onís.

DE RIBADESELLA A LLANES Y COLOMBRES. SALIDA DEL PRINCIPADO

Nuestros viajeros tras emplear una jornada más llegarían a dormir a Ribadesella, Villa de la que Borrow no nos dice

nada y de la que sabemos saldría muy temprano con sus acompañantes para poder llegar a Llanes, ya al mediar el día. Es el 7 de octubre y nuestros viajeros van siguiendo el viejo camino real del litoral, enmarcado por la ingente cadena montañosa que alza su mole a una legua escasa de la costa, macizo éste conocido, como sabemos, con el nombre de Sierra de La Cuera. Se fija aquí Borrow en las formas de asentimiento de los labriegos, significadas por terrazgos agrarios y ganaderos en la plataforma litoral, bien cultivados en medio de una topografía típicamente cárstica en la que junto a las uvalas, ve levantarse los *cortijos* (sic) de los paisanos.

Sin embargo Borrow no nos dirá nada de Llanes, cuya importancia en el oriente del Principado es bien conocida. No obstante destaca la antigüedad de su población y la mayor importancia política y administrativa de que gozó en tiempos. No dejará, en cambio, de notar la presencia del llamado Monasterio de San Juan de Celorio, del que únicamente nos dice que es uno de edificios monásticos más grandes de España, a la vez que llama la atención en torno al abandono y desolación en que encuentra al cenobio benedictino. Lástima grande que Borrow no hubiera indagado en las crónicas del monasterio, e ignorase la existencia del famoso Fray Veremundo, cuya vida le hubiera dado ocasión para plasmar algún chispeante interludio más o menos novelado.

Al caer la noche, siguiendo el diario, nos dice Borrow que se encuentra ya a unas leguas escasas de «Santo Colombo». Nos ha sido imposible localizar tal lugar. En realidad y tras nuestras indagaciones hemos llegado a una conclusión: que «Santo Colombo» no es otra cosa que una mala transcripción de Colombres, localidad en los confines del Principado, a menos de que no se trate de un célebre Monasterio con hospedería de peregrinos hoy inexistente y que fue administrado por el Temple. El caso es que Borrow se nos presenta pasando la noche en Santo Colombo, en casa de un carabinero, del que nos dice que es castellano y que se negó a cobrarles nada por su alojamiento, al sentirse obligado a dárselo, estando aún lejos de la posada más próxima al parecer ya fran-

quedo el Deva en la villa santanderina de San Vicente de la Barquera.

FINAL

Aquí podría decirse que llegamos al final de nuestra glosa, en un día cualquiera de la primera decena de octubre de 1837, que fue cuando dejó el Principado de Asturias nuestro inefable «Don Jorgito», tras haber seguido a grandes rasgos la antigua ruta de los peregrinos que a lo largo del litoral llevaba a Santiago. Por lo que hemos visto, su viaje no le llevó mucho más de los quince días, los suficientes, sin embargo, para plasmar una serie de notas, novelar, fabular, mitificar y mixtificar, e incluso para una visión un tanto abigarrada del Principado dentro del mosaico de *The Bible in Spain*. Una etapa más de aquella España que recorre y que, con el triunfo del Liberalismo, intenta europeizarse y no perder el tren en marcha de la Europa del siglo XIX.

El simple análisis de dos capítulos de *The Bible in Spain*, da pues a nuestros lectores medida de la importancia que tendría una labor similar en todos los que integran dicho libro, no sólo por su contenido textual o literal dentro de la preceptiva literaria, sino también por todo aquello que parece estructurarse dentro de un simple diario de viaje.

Oviedo, Arco de San Vicente, marzo de 1975.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA